

EL TEATRO.

COLECCION
 DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,
 POR
 LOS MEJORES AUTORES.

El 5 de agosto



MADRID.

Imprenta que fue de Operarios, calle del Factor, num. 9.

En el cargo de D. E. R. DEL CASTILLO.

1852.

CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teatros de esta corte, de la propiedad de la Galeria titulada:

EL TEATRO (1).

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	RS.
La creacion ó el Diluvio Universal. (o)	4	Sres. Zorrilla.	8
¡Es un Angel! (e)	3	Suarez Brabo.	8
Trabajar por cuenta ajena. (o)	3	Cazurro.	8
La Gloria del arte. (o)	3	Asquerinos.	8
Juan sin tierra. (o)	4	Diaz.	8
D. Sancho el Bravo. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)	8
Para heridas las de honor. (o)	3	Galvez.	8
Mi mamá. (o)	1	Sierra.	4
El 3 de Agosto. (o)	4	Tamayo y Baus.	8
Los Amantes de Chinchon. (o)	1	Larrañaga, Estrella, Príncipe, Villergas y Asquerino.	4
Juan sin Pena. (o)	4	La Rosa.	8
El ensayo de una ópera. (z o)	1	Peral (música de Ou- drid y Hernando.)	4
Un dómine como hay pocos. (o)	1	Peral.	4
Las Guerras civiles. (o)	3	Asquerinos.	8
Traidor, inconfeso y Martir. (o)	3	Zorrilla.	8
La banda de la Condesa. (o)	3	Cortijo y Valdés.	8
Nobleza contra Nobleza. (o)	4	García de Quevedo.	8
Un amor á la moda. (o)	1	Perez, Duro y Rivera.	4
Hacer cuenta sin la huéspedea. (o)	3	Flores Arenas.	8
La madre de San Fernando. (o)	4	Rosell.	8
Los amantes de Teruel. (r)	4	Hartzenbusch.	8
Un paje y un caballero. (o)	3	García de Quevedo.	8
D. Bernardo de Cabrera. (o)	4	García de Quevedo.	8
Una falta. (o)	3	Huici.	8
Las flores de D. Juan. (o)	3	Escosura.	8
Las Apariencias. (o)	3	Escosura.	8
Con razon y sin razon. (o)	3	La Rosa.	8
De audaces es la fortuna. (o)	2	Ramirez.	6
Lecciones de amor. (o)	3	Ramirez.	6
Llueven hijos. (o)	1	Bermejo.	4
Al mejor cazador. (o)	3	Bermejo.	8
Afectos de odio y amor. (o)	3	García Gutierrez.	8
Los instintos de Alarcon. (o)	1	La Rosa.	4
Arcanos del alma. (o) primera parte.	3	Asquerino. (D. Eus.)	8
La verdad en el espejo. (o)	3	Hurtado.	8
Negro y Blanco. (o)	1	Silvela y Barreras.	4
Entre bobos anda el juego. (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)	8

(1) Las letras que van á continuacion del titulo de las obras, significan (a) arreglada, (o) original, (r) refundida y (z) zarzuela.

cinco

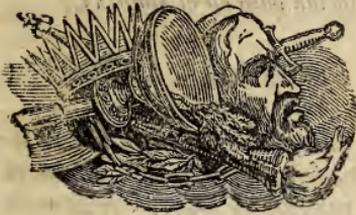
EL 5 DE AGOSTO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL

de
DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Representado con aplauso en el teatro de la Cruz.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

Imprenta que fue de **Operarios** à cargo de **D. F. R. del Castillo.**
Calle del Factor, n.º 9.

—
1852.

EL 2 DE AGOSTO

INTERLOCUTORES.

ACTORES.

-
- UN PEREGRINO. (Barba y cabellos prolongados en los cuales brillan algunas canas). SR. J. TAMAYO.
 - EL CONDE. (Jorobado, cabello enmarañado y rojo) . SR. J. LOMBIA.
 - GENARO. SRA. M. OSORIO.
 - ALBERTA, de treinta y dos años. SRA. J. BAUS.
 - ADALETA, su hija de diez y seis años. SRA. J. SAMANIEGO.

La accion pasa en el siglo XI.

Esta comedia es propiedad del Sr. Gullon, como dueño de la Galeria titulada EL TEATRO.



ACTO PRIMERO.

A la izquierda el ángulo saliente de un castillo antiguo y ruinoso, cercano á Barcelona y situado al pié de una montaña. Una puerta secreta en la parte que dá frente al público del ángulo: en la que se estiende desde su vértice hácia el foro estará la puerta principal, á la cual deberá subirse por un tramo de tres escalones. El foro estará ocupado por enormes rocas, entre las cuales deberá haber una saliente y practicable. Arboles y arbustos por todos lados. El cielo trasparente y sembrado de estrellas. Una luna clarísima alumbra el teatro. El sonoro ruido de las olas en calma se oye muy cercano.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon dan las doce sin cuartos en un vecino monasterio. El sonido de la campana debe ser casi imperceptible. El PEREGRINO sale por la derecha, sitio en que se oye el ruido del mar. Al llegar en frente del castillo se descubre la cabeza é hinca una rodilla en tierra.

UN PEREGRINO.

Salud, fantasma combatido en vano
por el turbion y el huracán bravío.
De la montaña antiguo soberano,
que en grave majestad te alzas sombrío.

(*Se levanta.*)

Salud, roble impertérrito; que ufano

677085

me cobijaste en el ardiente estío.

(*Mirando hacia el foro.*)

Salud, alegre enantes y divina,
hoy solitaria, fúnebre colina.

Un lustro es hoy que alegre fulgurabas
en mágicos destellos de ventura,

(*Dirigiéndose al castillo.*)

y tus murallas sólidas ornabas
con manto de balsámica verdura.

Hoy brota, do la rosa contemplabas,
yerba en ponzoña henchida y amargura,
tenebroso murciélago se asoma
donde moró la cándida paloma.

Y tú, deidad noctuna, que en mi cuita
me prestaste solícita consuelo,

hoy mas que nunca auxilio necesita
mi corazón ahogado en negro duelo.

La nube del dolor se precipita
sobre mi frente cálida, y el cielo
que en lluvia se deshaga no consiente.

Seca del llanto amigo está la fuente:

Oh! cuán lenta la dulce muerte avanza
cuando solo mentira hay en la boca,

y el pecho el bien de padecer no alcanza
y nada al llanto, ni al placer provoca,

ni se abrigan recuerdos ni esperanza:
mas ya el esquife en la ribera toca.

Al viento dá tu lúgubre chirrido,
ave agorera; al duelo te convido.

(*Ocúltase entre las rocas.*)

ESCENA II.

ALBERTA y ADALETA. *El traje de la primera debe ser negro, y blanco el de la segunda. El CONDE y criados que en seguida entran en el castillo á una señal de ALBERTA.*

ALB. Alentemos un punto el aire libre
en este ameno y apacible llano
antes de penetrar en esa tumba,
cuyo aspecto de nieve me ha tornado.

CONDE. Nunca os espante el que en la tumba mora.

Es segura prision el duro mármol.

ALB. Oh! callad de mortal remordimiento
no os hirió á vos el penetrante dardo.

(Se sienta en un banco de piedra que habrá colocado cerca del proscenio, dando la espalda á su hija que se entretiene en el foro en contemplar las flores silvestres. El Conde empieza á recorrer aquellos lugares y por el lado opuesto al que se halla este y Alberta, aparece el Peregrino que dice en voz baja á Adaleta.)

PEREG. Genaro aquí me envía.

ADAL. Será cierto?

PEREG. Apenas escuchéis en el cercano
monasterio la una, haced la seña
por él mas conocida.

ADAL. Un dulce canto
entonará mi voz; pero decidme
si llegar hasta mí le será dado.

PEREG. Si tardase en llegar á vos, al punto
volad á estos lugares.

ADAL. Entre tanto
vuestra mano dejad que humilde bese.

PEREG. Abrasara su fuego vuestros labios.

(Ocúltase de nuevo.)

ADAL. Fuerza es que yo me entregue á tanto gozo.
A mi aposento corró: allí os aguardo.

(Yendo hácia su madre, cuyas manos estrecha.)

ESCENA III.

ALBERTA y el CONDE.

CONDE. Por qué vinisteis á mansion tan negra?

ALB. Hoy es el tremebundo aniversario
de la bárbara muerte de mi esposo
y vengo á visitar tras tantos años...

CONDE. Cinco no mas.

ALB. Su tumba solitaria.

CONDE. De nuestra suerte siempre nos quejamos
y culpa es nuestra si infelices somos.

Tal suceso olvidad.

ALB. Cómo olvidarlo,

cuando vive esculpido en mi memoria
ese rico en horror sangriento cuadro?
Era nuestra morada este castillo,
nuestro mundo las flores de los prados,
y en brazos de mi esposo el sol me hallaba
y hallábame la luna entre sus brazos.
Esa niña gentil, pura y sencilla
era á nosotros lo que el aura al campo,
lo que fresco arroyuelo cristalino
entre dos arrayanes solitarios.

CONDE. Mas la cándida vírgen de la dicha

(*Con marcada intencion.*)

rápida huyó al mirar en negro espanto,
que súbito la atmósfera inflamaba
cárdena luz de ignipotente rayo.

ALB.

Mi noble hermano levantó rebelde
pendon para vengar el fiero agravio,
contra el Conde que el hierro fratricida
clavó en el pecho de su triste hermano,
porque su padre Berenguer primero
entre ambos hijos dividiera el mando
y él anhelaba ser de Cataluña
el único Señor; y osó tirano
de la regencia apoderarse, al hijo
huérfano á su tutela sujetando.

CONDE. El Conde entonces á vuestro esposo ordena
la furia refrenar de su cuñado,
y á campaña llamarle destructora,
si deudo infiel desprecia su mandato.
Forzosa era la guerra!

ALB.

Mas el pecho
de mi esposo con lágrimas ablando.

CONDE. Y conseguís que á obedecer se niegue
al que era su Señor.

ALB.

Me amaba tanto!

CONDE. El Conde herido en su indomable orgullo
mira la causa en vos del desacato,
y para que os arrastren á su corte
arma crecida hueste de soldados.

ALB.

Cunde la nueva, corren al castillo
nuestros deudos y amigos mas cercanos
de la afrenta á librarme decididos

ó en la demanda perecer jurando.
Y al divisar entre la sombra oscura
el brillo de las armas del contrario,
desde empinada almena del castillo
desgarrador clarín hiende el espacio.
Vibra mi esposo el flameante acero
y los ojos volcánicos hinchados
en sangre ardiente, lánzase al combate
cual huracán bravo desatado.
Vuelan en pos los rudos combatientes.
Guerra al tirano. Guerra asorda al campo,
y el eco de las cóncavas montañas
lúgubre repitió: «Guerra al tirano.»
Hállanse al fin la reducida hueste
y el enemigo numeroso bando,
y se chocan, revuelven y confunden
cual rabiosos torrentes encontrados.
Yo alumbraba la lid con roja tea
y su claror fatídico bañando
aquellos rostros cárdenos, y el hierro
encendiendo la noche en vivo lampo
rencorosos demonios parecían
moviendo guerra en los profundos antros.
Aun los veo. Aquí están! horror mil veces.
Esta cabeza que habla es de Aureliano.
Este brazo que aun lucha es de Rodrigo;
y mi esposo es aquel encadenado.
Por algunos valientes ayudada
yo conseguí escapar á tanto estrago.
Mas disfrazada corro á Barcelona
y al pié de la que guarda á mi Gonzalo,
torre maciza ansiosa se sitúa.
En nocho sepulcral en ella entraron
con la muerte colérico verdugo
y con la salvación tranquilo santo.
De nieve me quedé; las once sueñan
y vuelve el hacha sangre destilando.
Escóndela á mis ojos que mi cuello
siente el frío mortal de su contacto.
CONDE. Volved en vos. (Con sangre fría.)
ALB. Murió mi triste esposo,
y aquí sus restos yacen sepultados.

- Olvidarlo! jamás: do quier que vaya
me seguirá recuerdo tan infausto.
- CONDE. Qué delirio! por Dios que á tal suceso
tan sensible jamás llegué á juzgaros.
Al otro dia de llamarnos viuda
partisteis á Maguncia, el infamado
apellido ocultando por do quiera;
y aunque yo no os seguí, ni un solo paso
pudisteis dar, que yo no haya sabido;
y á fé que bien no cuadra tal quebranto
con la historia feliz de aquellos tiempos.
- ALB. Qué me quereis decir?
- CONDE. Nada. Dejando
recuerdos tristes, conversar podemos
de halagüeños asuntos para entrambos.
Cuándo enlazar pensais á vuestra hija?
- ALB. Basta. Cesad! En este santuario!
- CONDE. Tan soló cuenta diez y seis abriles:
mas yo con vivo fuego la idolatro.
- ALB. Tal decís vos; su amigo mas querido,
en este dia de terror y llanto!
Vos, que ayer me dijisteis que anhelabais
rendir tributo á su recuerdo amargo.
- CONDE. Un lustro de su muerte ya ha cumplido;
á vuestra hija ofrezco mi condado.
A otro mortal amásteis delincuente
y habia apenas trascurrido un año,
- ALB. Mentís! (*Con energia.*)
- CONDE. Que miento? y apartais los ojos
y trémula buskais donde apoyaros!...
Genaro...
- ALB. Ay Dios!
- CONDE. Desconocéis tal nombre.
Por qué os estremeceis al escucharlo?
- ALB. Y quién os hizo juez de mi conducta?
- CONDE. Vos me acusais: bien puedo yo acusaros.
Cuándo será Adaleta esposa mia?
- ALB. Nada con Adaleta he consultado.
- CONDE. La misma noche en que logró evadirse
cuando sufrió el castillo el duro asalto,
á Italia se partió, y allí ha vivido
de su tia el consejo aprovechando,

hasta que vos, de nuevo en vuestra patria,
para estrecharla, al fin la habeis llamado,
y solo dias há que la inocente
niña logró pisar el suelo patrio.
Nadie en tan breve espacio verla pudo,
y yo le ofrezco un puesto codiciado,
tesoros mil...

ALB. Pero...

CONDE. Acabad, señora.

Mi horrenda fealdad le doy en cambio.

ALB. Tal no quise decir; pero aunque libre
lata su corazon, puede no amaros.

CONDE. Un navegante soy á quien no asusta
el ronco hervir del mar; y aunque á los altos
cielos montañas líquidas eleve
no vuelvo atrás, si el áncora he levado
y tumba encuentro en las revueltas olas
ó al puerto llego en victorioso aplauso.
Voy á ganar aquella altiva roca.

(Señalando hácia dentro.)

y seña haré de que se ahuyente el barco
que nos condujo, y mi mandato espera
al propio tiempo, ansioso contemplando
si en la mar, en la tierra, ó en el cielo
se encierra objeto de existir aciago,
aun mas que el ser que á vuestro lado se halla
por la naturaleza castigado. *(Váse.)*

ESCENA IV.

ALBERTA sola, luego el PEREGRINO.

ALB. Esa furia execrable del averno
la llaga de mi pecho ha emponzoñado.
Génaro, sí, mi corazon es suyo
en vivo amor por él toda me abraso.
Y he de haberle perdido para siempre!
En derredor del sol lento ha girado
el mundo ya tres veces, de el instante
en que por vez postrera entre mis brazos
frenética le vi, cuál de su fuga
seria la ocasion? Mas, cielo santo,

- tales ideas hasta aquí me siguen.
Oh! mísero mortal, orgullo insano,
Si la fatalidad clama iracunda,
aquí volad raquíticos humanos;
aquí reptiles de nefando suelo;
aquí, de mi poder necios esclavos;
qué pueden ellos, sino hundir la frente
y allí volar y despacharse airados?
No resistiré mas. Hórrido espectro,
del sepulcro levántate indignado.
A otro hombre adoro, y diera por mirarle
en este sitio que me heló de espanto,
la misma vida. No; la vida es nada
para pagar un bien tan soberano.
- PEREG. Hoy le vereis.
- ALB. Gran Dios! Do te ocultabas?
(*Retrocediendo espantada.*)
eres espectro guardador acaso
de esa mansion donde la muerte reina?
- PEREG. Un hombre soy que logrará llevaros
de vuestro anhelo al término dichoso.
- ALB. No te comprendo. Aparta. (*Aterrada.*)
- PEREG. Os ha turbado
mi repentina aparicion, mas vedlo;
nada encierra mi ser de sobrehumano.
Todo lo sé.
- ALB. Me oistes!
- PEREG. Y os prometo
de ventura esta noche coronaros.
- ALB. Cómo! Está noche...
- PEREG. Volvereis á verle.
- ALB. Calla, y no mas te goces en mi daño.
- PEREG. Si tres palmadas el silencio turban,
á este lugar al punto encaminaos.
- ALB. Qué dices? Santo Dios! Será posible!
Dime que mientes:
- PEREG. La verdad mi labio
tan solo dijo.
- ALB. Sí... dudar no debo.
Quién á mentir le obligó? A mi Genaro
contemplaré de nuevo. Esta esperanza,
por siglos vale de mortal quebranto.

Pero infeliz de mí! sueño ó deliro?
Cómo verdad juzgué lo que ese airado
espíritu me dijo mentiroso
de la honda tumba al morador vengando?

No lograrás que la esperanza abrigue

(Dirigiéndose al Peregrino.)

para que al fin me hiera el desengaño.

Ya lo vé, te abandono. *(Retirándose.)*

(Entra en el castillo y vuelve á salir al punto precipitadamente.)

Virgen Santa!

(Después de haber permanecido en silencio en medio del teatro, escuchando con atención.)

Juzgué haber tres palmadas escuchado.

(Vuelve á entrar en el castillo.)

ESCENA V.

EL PERGRINO y luego EL CONDE.

PEREG. Cómo, gran Dios, permites que se encierre
la esencia tuya en tan inmundo barro!

(Sale el Conde pausadamente contemplando unas flores silvestres que trae en la mano; se para en medio del teatro, y contempla el cielo durante breves momentos.)

CONDE. Cuán puras esas estrellas!

Del campo cuán seductores

los vivos gayos colores.

Cuán inocentes y bellas

aquestas silvestres flores.

Cuán ricos dones vertió

sobre esa tierra ese ser,

que en un punto la formó.

De cuánto le plugo hacer,

todo es bello... excepto yo.

En vuestra oculta maldad

(Dirigiéndose á las flores.)

esas perlas conservad

para mas atormentarme.

Os repugna contemplarme?

Causo miedo... no es verdad?

Gran pena ser deshojadas

por mis manos descarnadas
ay! para vosotras es.
Mas qué direis, desdichadas,
cuando os ultrajen mis pies.

*(Las arroja al suelo y las pisotea con diabólica sonrisa.
El Peregrino se adelanta y le pone una mano sobre el
hombro. El Conde se vuelve á él repentinamente.)*

PEREG. Mas hará de cinco lustros
que estuvisteis en Italia.
Allí con delirio amásteis
á la pescadora Laura;
pero cuando iba á ser madre,
y como el amor se acaba,
de Nápoles os partísteis,
dejándola abandonada.
Ella averiguar logró,
que en Barcelona os hallábais
y si me es fiel la memoria
así os dijo en una carta:
«Señor Conde, vuestra fuga
me ha causado pena tanta,
que al dar vida al hijo vuestro,
pierdo la que me quedaba.
Yo fallezco; el tierno niño
queda entre manos estrañas.
Mas no sabrá que hay quien puede
tornar en bien su desgracia.
Por si os conmueve su cuita,
sabed que en el cuello atada,
lleva la que vos me disteis,
gran señor, rica medalla.
Liveretto es su apellido;
Liveretto es el de Laura.

CONDE. Sabéis vos donde se encuentra
ese pedazo del alma?
Abrumado en aquel tiempo
con asuntos de la patria,
no comprendí que despues
habria la negra falta
de deplorar; mas los años
con pesadisima carga
comenzaron á abrumarme,

y envié entonces á Italia
diligentes mensajeros
que al hijo mio buscaran.
Pero nada al fin lograron,
sus pesquisas fueron vanas,
y ahora pienso en él sin tregua,
como en mi sola esperanza.
El me amaria; sus ojos
hermoso quizá me hallaran.

PEREG. Quizá pueda yo algun dia
daros esa prenda amada.

CONDE. Será cierto? Le habeis visto?
Pronto, pronto. Dónde se halla?

PEREG. Inútil es preguntarme:
responder no puedo nada.

CONDE. Cómo no? Sabes á donde (Colérico.)
puede arrastrarme mi rabia?

PEREG. Sabes que al mirar sentencio?
Darme podeis muerte airada;
mas no obligarme á decir

ni tan solo una palabra.

CONDE. Me desafias y vences?
Oh! muy bien. Y de esa carta
cómo el contenido sabes?

PEREG. Os lo he de decir.

CONDE. Pues habla.

PEREG. Mas tarde.

CONDE. De dónde vienes?

PEREG. De Venecia.

CONDE. Y allí estaba
el hijo mio?

PEREG. Mas tarde.

CONDE. Quién eres, hombre ó fantasma?

PEREG. Mas tarde obtendreis respuesta.

CONDE. Tu sangre fria me ultraja
Tú me ofreces devolverme
al hijo de mis entrañas?

PEREG. Lo ofrezco.

CONDE. Pues no lo olvides. (Amenazador.)
(Si yo abrazarle lograra!)
(Entra en el castillo.)

ESCENA VI.

EL PEREGRINO y GENARO.

PEREG. Pobres juguetes, qué mucho
que así jugando os quebrára?
Al fin llegó, ya era tiempo.

(Mirando hácia dentro.)

GENARO. Aquí debe ser, no hay duda.

(Entrando por la derecha.)

PEREG. Me conoceis? *(Acercándose á él.)*

GENARO. No por Dios.

PEREG. Há dos años que una lucha
con un tropel de asesinos
sosteniais en Maguncia,
cuando un hombre á libertaros
vino, de muerte sañuda.

GENARO. Y ese hombre?... Ah! perdonad.

(Reconociéndole.)

Mi turbacion me disculpa.

PEREG. Allí de tu labio supe
las estrañas aventuras
de tu azarosa existencia.
El que te envolvió en la cuna
impenetrable misterio
y que tan solo á tu mucha
osadía, y á un talento
nada comun, la fortuna
debias de gefe ser
de una numerosa turba
de fuertes aventureros.
Allí me diste profundas
señales de gratitud
y confianza absoluta.
Una vez yendo á tu lado,
me mostraste una hermosura,
que en un balcon aguardaba
á verte pasar sin duda,
diciéndome: Aquesa dama
me idolatra con locura.

Grito de sorpresa lanzo
y todo mi ser se inmuta.
Al verme tú vacilente
me prestas absorto ayuda.
Y lejos ya de aquel sitio
te dije en voz iracunda.
Por mí vives; luego parte
si es tu gratitud segura.

GENARO. Vióme aquella misma noche
sobre mi alazan la luna.

PEREG. El huran desatado
de la ardiente vida tuya
te arrebató irresistible
de aventura en aventura,
hasta que á Venecia al cabo
de dos años llegas. Una
niña allí vieron tus ojos
bella tanto como pura.
Entonces hirió tu pecho
del amor la flecha aguda.
Y el jóven de corazón
viejo, que triste se burla
de la virtud, y que osado
en el rudo choque triunfa
poseido de respeto
y veneracion profunda
á los piés de aquella niña
se estremeció de pavora.
Tu dicha tornando en pena
una enfermedad, que súbita
te hiere, en cálido lecho
indomable te sepulta.
Y cuando volar te es dado
á donde verla acostumbras,
logras saber que há seis dias
se partió con gran premura,
mas no por qué ni á qué sitio
de cuantos el sol alumbra.
Terminar tu vida quieres
al impulso de tu furia
cuando una carta recibes
que tu ardiente pena endulza.

GENARO. Ved esa carta que fue
en tan crecida amargura
clara estrella que entre nubes
símbolo de paz relumbra.

«Si ver á Adaleta quieres
(*Leyendo la carta que saca de la escarcela.*)

luego acorre á Cataluña
y el cinco del mes de agosto
antes de que sune la una
de su madrugada, está
situado en la llanura
do el solitario castillo
del Conde Armengol se encumbra.»

Esta es la hora; este el llano;
tuyo el billete sin duda.

Poco me importa el misterio
de tan estraña conducta:
sé que desprecias el oro.

Pues bien, mi existencia es tuya.

Quiero ver á mi Adaleta
y sin dilacion ninguna.

PEREG. Antes dime si al pasar
por Barcelona se escucha
alguna voz que desmienta
la salida de las turbas
que del Redentor del Orbe
vuelan á salvar la tumba.

GENARO. No: mañana á media noche
dirigiéndose con suma
precipitacion á Francia,
pasarán por esta inculta
montaña.

PEREC. Da tres palmadas. (*Genaro le obedece.*)

A verla vas.

GENARO. Oh! ventura! (*Váse el Peregrino.*)

ESCENA VII.

GENARO solo.

Corre, corre, vida mia,
que te aguarda delirante

el que por verte un instante
siglos de placer daría.

A templar mi agitacion
ya son mis esfuerzos vanos;
no puedo con ambas manos
contener mi corazon.

Corre. Te aguarda el que un dia
te adoró en plácida calma.

Llega, Adaleta del alma.

Corre, vuela, gloria mia.

ESCENA VIII.

GENARO y ALBERTA que sale precipitadamente, dirige una rápida mirada por todo el teatro; sus ojos, hallando á Genaro, y con un grito penetrante se lanza en sus brazos. Genaro al reconocer á Alberta se agita con las mas vivas emociones.

ALB. Genaro... Ay Dios! Genaro! Será cierto
que en mis brazos frenética te miro?
No sueño, no deliro?
Dime que no, responde.
Mátame de placer. Por qué se esconde
tu rostro y permaneces
sin movimiento y mudo y te estremeces?
Piensas que de tu fuga repentina
cuentas voy á pedirte? No, Genaro.
Recobrado el riquísimo tesoro
qué importan los tormentos ya sufridos?
Suene tu voz de nuevo en mis oídos.
Déjame que tu rostro
contemple delirante.
Dulce es tu voz y hermoso tu semblante!

GENARO. Alberta!

ALB. Si; tu Alberta, vida mia,
la que tu larga ausencia
lloró infeliz un dia y otro dia.
Mas ya por fin á mi Genaro estrecho.
No cabe el corazon dentro del pecho.

GENARO. Alberta..!

ALB. Ay Dios! De gozo desvario.
Dónde mas alto bien Genaro mio?
Aquí estás? Aquí estás!! Tu rostro veo,
y ya avezada á padecer no creo,
que á mi lado te encuentras todavía.
Acaricio tu blonda cabellera
y ansio llamarte en queja lastimera
como en los tiempos de mi mal solía.
Quiero reir; llorar; decir á voces:
yo te idolatro, es mi ferviente anhelo
y con el grito de mi pecho amante
llenar el mundo y atronar el cielo.

GENARO. Alberta..!

ALB. Dí, me quieres?

Por qué me abandonaste, dó estuviste?
Cómo permanecer tan largo tiempo
lejos de mí pudiste?
Qué monte en sus entrañas te escondía,
que no rasgó tu oído,
el ay! doliente de la pena mia?

GENARO. Un misterio...

ALB. Un misterio.

GENARO. Y mi palabra
me obliga á no rasgar su denso velo.

ALB. Calla! Mi único anhelo
es que me adores; pero escucha cuanto
tu ausencia me costó de angustia y llanto.
Cuando noté que á verme no volabas
en el punto que entonces acostumbrabas
heló mi sangre la fatal sorpresa!
Luego esperé una hora
de muda lentitud desgarradora.
Y loca ya, cual flecha disparada
vuelo á tu albergue, escucho consternada
que en la noche postrera,
te has ausentado en rápida carrera,
y lánzome á la calle
en sangre ardiente rojos
y fuera de las órbitas los ojos.
A cuantos en mi tránsito encontraba
por mi Genaro ansiosa demandaba,
y «á la loca!» gritaban y corrian

en mi alcance, ultrajándome violentos,
y al compás de mis ayes y lamentos,
viles, en carcajadas prorumpian.
Luego he vivido en hórridos tormentos
años y dias y horas y momentos.

GENARO. Mas cómo te hallas en aqueste sitio?

ALB. Te oculté mi apellido vida mia,
porque se lo ocultaba al mundo entero:
y porque no quería
tener que sonrojarme
delante del mortal á quien amaba.
Era el conde Armengol mi triste esposo,
y sus sagrados restos
en esa tumba moran en ceniza.
El cabello de espanto se me eriza.
Pero no temas que mi amor se entibie.
Ojos tengo no mas para mirarte
y corazon no mas para adorarte.
Hoy mas que ayer esta mujer te adora
y aun mas ahora que antes
y ha de adorarte luego mas que ahora.
Mas cielos! qué motiva
tu viva agitacion? Ni un yo te adoro
de tu labio escuché. Di, por ventura
al olvido me diste?
Otra mujer tal vez. Cómo! en silencio
permaneces aun? No ves que ardiente
negra idea de horror brótó en la mente?
No te detengas, habla.
No ves que muero en ansiedad desecha
y que en el pecho mio
clavó la duda ponzoñosa flecha?
Dónde se oculta la mujer maldita
que me roba tu fé? Dónde se oculta?
Quiero arrancarle el corazon impío
para mirar yo propia
si es mas grande su amor que el amor mio.

GENARO. Alberta!

ALB. Desvarío!
A verme nõ has volado?
En tí no cabe falsedad ni dolo.
Es mi delito solo;

quererte en demasia.
Mas por otra mujer no me abandones
porque celosa yo la mataria.

Dueño del alma mia,
recuerdas aun las horas
de bendecida calma
en que dulce cancion dabas al aire
adormeciendo el alma?

Repítela Genaro.

Este favor me niegas?

Ya en tu pecho no moro,
ya no me quieres como yo te adoro.

(Se oye la una y en seguida suenan dentro del castillo algunos acordes de un laud y la voz de Adaleta que canta la siguiente letra.)

ADAL. «Ya brilla la blanca luna,
y en perlas baña la flor;
ya te aguardo en la laguna,
no tardes, vuela mi amor!»

(El Peregrino aparece en la elevada roca practicable y lo contempla todo cruzado de brazos.)

ALB. Gran Dios!

GENARO. (Su voz!)

ALB. (Silencio!)

GENARO. (Es Adaleta.)

ALB. Genaro, esa cancion...

GENARO. *(Con decision.)* De ella me hablabas.

ALB. En Venecia estuviste?

GENARO. De allí vengo.

ALB. Conoces esa voz?

GENARO. Por dicha mia.

ALB. Su nombre?

GENARO. Es Adaleta.

ALB. Quién es esa mujer nunca supistes?

GENARO. No.

ALB. Y por ella vinistes?

GENARO. Por ella, no te engañas.

Ella en mi corazon vive tan solo.

ALB. Ella, infeliz, estuvo en mis entrañas.

GENARO. Condenacion mil veces!

ALB. Al fin clemente oh cielo!
hoy dignate mirarnos:

súbito á nuestros piés húndase el suelo
y alégrese el infierno al contemplarnos.

GENARO. Oh! rigor incansable de mi estrella!

Hoy he de verla aun cuando no te cuadre.

ALB. Vase la puerta abrir, sin duda es ella,
mi rival.

(Que ve moverse las hojas de la puerta del castillo.)

Santo Dios! Yo no soy madre! *(Cae desmayada.)*

ESCENA IX.

DICHOS y ADALETA.

ADAL. Mi madre desmayada!

Oh! socorro, socorro.

*(Viendo desmayada á su madre. Corriendo á la
puerta del castillo.)*

GENARO. Ay! Adaleta amada.

ADAL. Esplicame Genaro...

Mas todo lo comprendo.

Tu venida sin duda no ignoraba

y por la hija de su amor velaba.

Acudid, acudid; ay infelice!

(Corriendo de nuevo á la puerta del castillo.)

que soy la causa el corazón me dice.

No vienen: que agonía.

Todos aquí! Gran Dios! Oh! madre mia!

(Gritando otra vez.)

(Dejándose caer sobre su madre.)

ESCENA X.

DICHOS el CONDE y criados con huchas encendidas.

CONDE. Adaleta! *(Al ver á Adaleta.)*

ADAL. Mi madre... ved... Oh gozo!

ya vuelve en sí... Señora... Madre mia.

ALB. Qué haceis todos aquí? por qué me cercan?

(Volviendo en sí.)

Lo sabeis ya? No es cierto que es horrible?

*(Se levanta con gran impetu y coge á Adaleta
una mano violentamente.)*

Escúchame, Adaleta.

(Llevándose a parte y misteriosamente.)

Desdichada!

No sabes lo que has hecho?

CONDE. Prestadla hasta su estancia vuestro apoyo.

(A las doncellas.)

ALB. Ven, infeliz, que mi furor se encona!

Lejos. No he menester auxilio alguno.

Fuerzas me dá mi rabia de Leona.

(A los criados que se acercan á ella, ofreciéndola su apoyo y sale en seguida arrastrando á Adaleta en pos de sí.)

ESCENA XI.

GENARO, el CONDE y el PEREGRINO que baja á la escena durante las últimas palabras de la escena anterior.

CONDE. No puedo comprender... Mas ese jóven y el Peregrino... Oídme un solo instante.

Ese jóven quién es?

PEREG. Es el amante

de Adaleta.

CONDE. Su amante! Y cuál la causa

(Con rabia comprimida.)

del desmayo de Alberta ha sido ahora?

PEREG. Que ella tambien le adora.

CONDE. Dí su nombre...

PEREG. Genaro.

CONDE. Ya lo comprendo todo.

Las dos le adoran por fortuna mia.

Yo me alzaré triunfante:

Hermoso y arrogante!...

(Contemplando á Genaro.)

Una víctima así falta me hacia. *(Váse.)*

ESCENA XII.

GENARO y el PEREGRINO.

GENARO. Par fin estamos solos *(Furioso.)*

Hoý de mí te has burlado!

Al carnívoro lobo has entregado
el tímido cordero.

El único lucero
de mi lóbrega noche has apagado:
beber tu sangre quiero.

(Desenvainando el acero y preparándose á acometer al Peregrino.)

PEREG. Tú matarme no puedes. *(Con sangre fría.)*
Há un punto que me hiciste
de tu existencia dueño.

GENARO. Bien, oh furor! digiste:
y qué me toca hacer?

PEREG. Venir conmigo.

GENARO. Pero á dónde ?

PEREG. Al castillo.

GENARO. Y quién sus puertas
abrirnos puede?

PEREG. Mi querer tan solo.
(Abriendo la puerta secreta del castillo.)

GENARO. Su impavidez me aterra.
qué soñar tan fatídico y eterno!
Eres sombra evocada del averno?

PEREG. Imágen soy de Dios sobre la tierra.
(Entra Genaro en el castillo y el Peregrino le sigue.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.



Frondoso jardín del castillo. Gigantescos árboles se levantan hasta el cielo, Un banco de piedra en el ángulo de la derecha circundado de flores y cobijado por un laurel. Floridos arbustos brotan por todos lados. En el foro una fuente cuyo monótono y dulce sonido deberá percibirse, del cielo trasparente y lleno de estrellas. Una luna clarísima alumbra el teatro como en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ADALETA aparece dormida sobre el banco de piedra. Después de una breve pausa sale el PEREGRINO seguido de GENARO.

PEREG. Mirala, puedes llegar. (*Viendo á Adaleta.*)

GENARO. Tranquila duerme y risueña;
sin duda placeres sueña.
Ah! dejémosla soñar.
Bajo el dosel cobijada
de ese arbusto enaltecido,
parece en oscuro nido
bella paloma nevada.
De candorosa alegría
en su rostro hay blando sello.
Nada concibe mas bello

la arrobada fantasía!
Mírala entre esos verdores
cual sencilla mariposa,
cual ninfa del bosque hermosa
como reina de las flores.

PEREG. Pura y bella. Dices bien
y en amarla bien has hecho,
si amar pudiera mi pecho,
amárala yo también.

Mas incesante aflicción
el suspiro heló en mi boca
y puso inflexible roca
do alentaba un corazón.

GENARO. Alguien se acerca.

PEREG. Dejemos
este sitio.

GENARO. Huyamos, sí.

Queda presa el alma aquí!

PEREG. Mas tarde volver podremos.

ESCENA II.

ADALE TA *dormida* y ALBERTA *que sale pálida y desfigurada*, luego el CONDE.

ALB. Mis angustias hallarán

(Aspirando con ansia el aire del jardín.)

alivio en el fresco ambiente.

Un volcan tengo en la mente,

y en el pecho otro volcan.

Presa del placer interno!

Presa del fatal desmayo!

El sol y despues el rayo!

El paraíso!... El infierno;

Genaro!

ADAL. Genaro! *(Soñando y con la mayor dulzura)*

ALB. Quién *(Sorprendida.)*

ha repetido ese nombre?

Es ella. No es que me asombre.

(Se dirige al lado de donde salió la voz y halla á su hija dormida.)

Y duerme!... Le ama también!

Y aquesta nube á eclipsar
de mi dicha el astro viene?
Y aquesta valla contiene
la brava furia de un mar?
Sí; que fecundo en hazañas,
sino que siempre castiga,
darme quiso en mi enemiga
la hija de mis entrañas.

(Pausa y queda meditabunda.)

Una eternidad entera
le aguardé, mucho sufrí...
y cuando vuelve... Ay de mí!
Ojalá que no volviera!
Y en esto pensando estoy!
Débil voluntad la mia.
Mas cielos! La mataria.
Ah! mentí... Su madre soy!
Y tu fuiste mas dichosa!
Le quieres tanto cual yo?
Habla: no es cierto que no?

(En este delirio se ha ido acercando mucho á su hija, y dice cambiando de tono.)

Jamás la hallé tan hermosa.
Por qué roedor veneno
mi pecho abrasa? Por qué
un basilisco no fué
lo que concibió mi seno?
Al cielo un ángel debí
bello... quizá en demasía.
Bien emplea en contra mia
las armas que yo le di.
Mas ambas en conclusion
tenemos una riqueza,
ella en el rostro belléza,
yo fuego en el corazon.

ADAL. Te idolatro bien del alma. (Soñando.)

ALB. Tal dice la pobre loca
con la sonrisa en la boca
y cuando reposa en calma.

Amar así no es posible.

ADAL. Yo tu solo amor he sido.

ALB. Me amó tambien! Has mentido.

CONDE. No es verdad que esto es horrible?
(*Asiendo una mano de Alberta.*)

ALB. Horrible, sí!

CONDE. Cuál le adora!
yo intercedo en su favor.
Es tan inmenso el amor
que por ella él atesora!
Que de su ventura fija
en nudo de amor sagrado.

ALB. Aparta, aparta malvado.
(*Sale despavorida y precipitadamente.*)

(*El Conde mirando hacia el lado por donde ha salido Alberta; luego dirigiendo una mirada diabólica á Adaleta y siempre con su sonrisa irónica.*)

CONDE. Pobre madre!... Pobre hija! (*Vase.*)

ESCENA III.

ADALETA dormida y GENARO.

GENARO. Al fin á su lado estoy.
Hermosa Adaleta mia.

ADAL. Me pareció que le oía.
(*Despertando sobresaltada.*)

GENARO. Sí, dulce encanto, yo soy.

ADAL. Aquí tú? cómo pudiste?

GENARO. Despues todo lo sabrás.

Ahara solo me dirás

si algo muy negro supiste.

Dime cual tú madre obró.

Dime si te ha maltratado.

ADAL. Infeliz! Qué has pronunciado?

Ella maltratarme!! No.

Si de severa virtud,

está para el mundo armada,

siempre llegó á mi velada

en tierna solicitud!

GENARO. Pero y en aquel momento
no te habló nada de mí?

ADAL. Lanzóme lejos de sí

y se encerró en su aposento.

Yo la escuchaba llorar,

yo había herido su pecho.
Tambien desprecié mi lecho
y aquí vine á suspirar.
Mis ayes al viento dí,
perdon á Dios demandé.
Luego aliviada me hallé.
Luego, no sé... me dormí.
Y como el solo señor
de mis pensamientos eres,
soñé cándidos placeres
en los brazos de mi amor.

GENARO. Habla; tu voz de consuelo
cambia en paz la cruda guerra
y desde la humilde tierra
llévame hasta el alto cielo.
Do tan plácido candor?
Do tal belleza, ángel mio?
Ni en la gota de rocío
engarzada en blanca flor.
Dentro del pecho guardar
mi bien quisiera avariento,
pues temo que el mismo viento
me le puede arrebatár.
Y cáusame envidia suma,
esa fuente que suspira
y el lucero que te mira
y el jazmin que te perfuma.
Por qué para atroz quebranto,
quiere mi suerte traidora
que el alma que mas te adora
dé ser á tu acerbo llanto?
Mas gratos véanse al menos
estos instantes correr.

ADAL. Nada debemos temer.
No hemos sido siempre buenos?

GENARO. Dime por qué vida mia,
de Venecia te partiste
mientras que yo enfermo y triste
en lecho ardiente yacia.

ADAL. Un mensajero á buscarme,
mi madre envió y partí.

GENARO. Te has acordado de mí?

ADAL. Cómo de tí no acordarme?
Desde que en la mar estuve
do quiera tu rostro hallé,
en los aires te admiré
sobre ufana blanca nube.
Si el bravo ponto revuelto,
hizo al buque zozobrar
á mí te miré volar
en tromba iracunda envuelto.
Si plácida fresca brisa
el tranquilo mar rizaba,
retratada en él hallaba
tu dulce amante sonrisa.
Y noté de mis querellas
templando el crudo desvelo
su nombre escrito en el cielo
con flamígeras estrellas.

GENARO. Quién soy yo para para pagar,
amor tan grande y sincero?
Solo un pobre aventurero
sin un padre á quien amar.
Por qué tu noble apellido
mientras en Italia estuviste
á ninguno descubriste?

ADAL. Porque estaba envilecido.
Callarlo jurado habia,
dijeron que era importante,
mas qué dardo penetrante
ha rasgado el alma mia?
Y darte puedo, ay dolor!
padre adorado al olvido?
Mira lo que has conseguido,
mira si es cierto mi amor.

GENARO. Cálmate, no desvanece
*(Llevándola al banco de piedra y haciéndola sentar
en él.)*

tu cuita ese alborozado
límpido cielo estrellado,
que bendécimos parece?
Blando gozo no te infunden
de aquestas silvestres flores
los suavísimos olores

que en los oires se difunden?
No causa grato solaz
el soñoliento ruido
del fuerte roble movido
por el céfiro fugaz?
Y ese murmullo veloz

(Señalando á la fuente.)

no es manantial de contento?

ADAL. Dulce es aspirar tu aliento!
dulce es escuchar tu voz!!

GENARO. Bien mio.

ADAL. Si eterna fuera
hora tan grata.

GENARO. Si luego
accedieras á mi ruego,
á fé que serlo pudiera.

ADAL. Mas cómo?...

GENARO. No me prefieres
al mundo? Aunque no le cuadre
conmigo parte.

ADAL. Y mi madre!...

Qué has dicho? Tú no me quieres!

GENARO. Aun nos resta otro camino.

Hoy á tu madre hablaré;
hoy, mi vida probaré;
todo el rigor de mi sino.

ADAL. Tu premio son estos lazos.

GENARO. Quién si te ve no te adora?

ADAL. No te fuera grato ahora,
espirar entre mis brazos?

GENARO. Oh! bendito serafin,
turbado mi pecho late
él que volaba al combate
tranquilo como al festin.

Antes de verte brillar
desde el antro en que me hallaba,
á la tumba caminaba
sin saber que era gozar.

Y cruzaba en mi afliccion
aquella senda de abrojos,
con lágrimas en los ojos
y luto en el corazon.

Raudo al mundo me lancé
y la vida aborrecí,
pero te hallé y aprendí
lo que era esperanza y fé.
Brotó un raudal de consuelo:
en el alma indiferente,
tornó á inflamarse la mente
y tuve un mundo y un cielo.
Y yo que solo enemigos
sobre la tierra miré
en ti mi vida encontré
padres, hermanos y amigos.
Y fué, dicha la afliccion,
brotaron flor los abrojos,
y enjutos hallé mis ojos,
y alegre mi corazón.

ADAL. Mi dicha de ti reclamo.
Pero no oíste? No vés? No vés
lejano un bulto?

GENARO. A Dios pues,
luz de mi existencia.
(*Estrechando una de sus manos.*)

ADAL. Te amo! (*Vase Genaro.*)

ESCENA IV.

ADALETA y el CONDE.

ADAL. Buena es mi madre, y coronal
pondrá á mi amante delirio.

CONDE. Adaleta.

ADAL. Sois vos, conde?

CONDE. Ya que estás en estos sitios,
siéntate, que hablarte quiero.

ADAL. Dispuesta me encuentro á oiros.

CONDE. En tus más tiernos abriles
era tu mejor amigo.
Por tí privaba al jardín
de su ornamento mas rico,
y del nido arrebatava
el pintado pajarillo.
Desde que á tu patria has vuelto

creo para tí haber sido
padre siempre bondadoso,
y tan solo ahora me inclino
á hacer tu dicha completa...
Es anhelo y deber mio.
Cuando por la vez postrera
á tu padre ví, me dijo:
padre sé de mi Adaleta;
qué te ame... cual á mí mismo.

ADAL. No os he respetado siempre?
Siempre no os he obedecido?

CONDE. Sí, Adaleta; y ojalá
que nunca me sea preciso
la maldicion de tu padre
llamar sobre tí.

ADAL. Dios mio!
(*Levantándose del banco donde estaba sentada con el
conde y retrocediendo espantada.*)

CONDE. Tú amas á Genaro?

ADAL. Le amo.

CONDE. Cáusame lástima oírlo:

Y una vez á ese hombre unida,
cuál sería tu destino?

Ese loco aventurero
presa de nefandos vicios,
te arrastraria incansable
de un abismo en otro abismo.

Mil impúdicos festines,
mil desórdenes impios
contemplarian tus ojos
en confuso torbellino.

Y exhausto tu patrimonio,
tu corazon pervertido,
esclava de sus placeres,
juguete de sus caprichos,
perderíanse en los aires
tus lamentos y gemidos.

ADAL. Me espanta lo que decís,
y no os comprendo.

CONDE. El inicuo
hastiado de poseerte
diérata pronto al olvido,

dejándote abandonada
en el mas negro conflicto.
Comprenderías entonces
tu ceguedad, tu delito,
y en soledad y miseria,
sin aguardar, ni el auxilio
del mismo Dios, contarias
por cada minuto, un siglo.
La muerte, que huye del triste,
sorda sería á tus gritos,
y quizá tu propia mano.

(Que retrocede acosada por el Conde, dando muestras de horror.)

ADAL. Oh! callad, yo os lo suplico.
Jamás concibió la mente
cuadro de horrores tan vivos.

CONDE. Qué, te ama? Cuando en los hierros
de otro amor se halla cautivo!

ADAL. No me digais eso. Ay Dios!

(En tono dulce y dando rienda suelta á sullanto.)

Os gozais en mi martirio.

CONDE. Solo será esposo tuyo
el que mostrar pueda altivo
escudo de cien blasones,
mas que las estrellas limpio.

(Durante este parlamento Adaleta retrocede asustada por el entusiasmo del Conde y este la acosa.)

El que de metal preciado
pueda verter anchos rios
por satisfacer tan solo
el menor de tus caprichos;
porque en la corte fulgures
cual sol de ofuscante brillo,
matando de envidia á todas
tus rivales en hechizos.
El que te adore, Adaleta,
no con ese amor mezquino
que entre los labios se queda
sin que haya en el alma herido;
sino con amor ardiente
de toda dicha enemigo,
que los labios ennegrezca

cuando intenten referirlos.
Que el vil corazón de hielo
torne en carbon encendido,
negros celos abórtando
de la razón asesinos,
que reconocer no pueda
ni mas mundo, ni mas ídolo,
ni mas cielo, ni mas nada,
que el ser que Hegó á infundirlo.
Y puede sentir Genaro
este amor de fuego activo?
No, tan solo yo, lo escuchas?
solo yo puedo sentirlo.
Yo, que á los hombres detesto,
que me detesto á mí mismo.
Mírame á tus pies cual nunca
ninguna mujer me ha visto.
El te olvidará mañana
muertos sus amores frios,
yo te adoraré, Adaleta,
aun en la tumba dormido.

ADAL. Es hermoso mi Genaro,
vos sois feo basilisco. (Váse.)

CONDE. Feo, sí... Pobre paloma.
(Con una carcajada prolongada y violenta y arrancándose
los cabellos que desparrama por la escena.)
Miedo al milano ha tenido.

ESCENA V.

DICHO, GENARO. Luego el PEREGRINO.

GENARO. Sabes lo que has pronunciado?
(Cogiendo al Conde por el cuello y obligándole á arrodillarse.)

Sabes que del almo empíreo
un ángel bajar has hecho
al mundo do tú has vivido?

CONDE. Oh! maldicion!
(Desenvainando una daga y con voz casi
incomprensible.)

GENARO. Este sea

tu solo y justo castigo.

CONDE. Vas á morir.

GENARO. Estás loco?

(Lanzándose sobre él con el acero desnudo.)

Defiéndete ó te asesino.

(El Conde desesvainando la espada y deja caer la daga.)

Eres malvado y cobarde,
cerca tu muerte miro.

(Luchan. Genaro con ventaja, el Conde retrocediendo.)

CONDE. Tiemblo! Morir sin vengarme!

Infierno dame tu auxilio.

(Genaro desarma al Conde y al ir á precipitarse sobre él sale el Peregrino y le detiene obligándole á abandonar la escena cogiéndole de un brazo.)

PEREG. Tu vida me pertenece.

(Con la mayor sangre fria.)

Yo lo mando; ven conmigo.

CONDE. El Preregrino! Bien haya (Solo.)

su corazon compasivo.

Si tan á tiempo no llega
aquí sin vengarme espiro.

Pero por fortuna mia,
ellos viven y yo vivo.

Será forzoso verter
el llanto y la sangre á rios.

Lágrimas, sangre. Oh! sí, sí.

Mucha sangre necesito.

Genaro, Alberta, Adaleta;
todos hermosos! Magnífico!

(Frotándose las manos.)

Una víctima se acerca,
demos á mí plan principio!

ESCENA VI.

ALBERTA y el CONDE.

ALB. Un hombre en el jardin. El es sin duda,
álcese aun mas bravío,
el hondo mar del sufrimiento mio.

CONDE. Aquí de nuevo os hallo.

Mucho angustiaros debe la memoria
de vuestro noble esposo.

El mil veces feliz, que aun es amado
y en crudo afan llorado.

Y si por defenderos
bajó á la tumba helada,
está á pagar el alto sacrificio
vuestra existencia entera consagrada.

ALB. Oh! Callad.

CONDE. Y Genaro y Adaleta,
cómo no estan aquí? Ya sus deseos
anhelo ver cumplidos.

ALB. Pues bien, mañana los vereis unidos.

CONDE. Los llevareis al ara
y escuchareis un sí que para siempre
habrá de asesinar vuestra ventura?

ALB. Sí! (*Con firmeza.*)

CONDE. Los vereis caricias prodigarse
y en regalado beso
desfallecer de amor?

ALB. Si. (*Agitada en estremo.*)

CONDE. Sosegada
que p an mirareis por vuestro lado
en plática amorosa
y sin que en vos reparen;
que á olvido y á desprecio se os condena
como al lebrél mas torpe en la batida;
que infundir no podeis placer ni pena,
ni ser tampoco objeto
de amor ni de respeto,
y ni lograis en tan amarga vida
el consuelo de ser aborrecida.

ALB. Mil veces no. La muerte!

CONDE. Para que os tengan lástima y esclamen:
Pobre mujer! Y sin barrera alguna
que á su querer se oponga
en un mundo se lancen de alegría,
mientras que vos por tierra abandonada
los tormentos probais de la agonía.

ALB. Oh! la venganza. Sí! Venganza horrible
que asombre al mundo entero.

CONDE. Venganza!

ALB. Lo escuchais? Vengarme quiero.

CONDE. Vengaros! Y de quién? No es él, Genaro,
el hombre venturoso
por quien os agitais en tal batalla?
No es ella vuestra hija.

ALB. Calla malvado, calla.

(Enérgica y desesperadamente.)

(Dejándose caer sobre el banco de piedra y ocultando el rostro entre sus manos. El Conde se retira hasta el fondo del teatro, luego vuelve lentamente y sin que Alberta levante la cabeza le dice al oído.)

CONDE. Cuando hácia aquí venía
me pareció mirar bajo la sombra
de corpulento roble, destacarse
el grupo deleitoso
del ángel del amor, entre los brazos
de mancebo gentil, de rostro hermoso
y un te adoro escuchar, mas que el suspiro
de querrelloso céfiro apacible.
Y aun juzgo que ha llegado
hasta mi atento oído
el tan grato sonido
de beso regalado.

Aun mas saber deseas?

ALB. Demonio tentador! Maldito seas. *(Fuera de sí.)*

CONDE. Juguetes míos son! Ya estoy vengado.

(Con su sonrisa característica y contemplándola á alguna distancia.)

ESCENA VII.

ALBERTA sola.

Bulle mi sangre en hervor torrente,
agólpase á mi frente;
mis fuerzas aniquilo
con tal furor y trémula y ahogada
sobre mis pies vacilo.
Basta enemigos hados.
Hasta cuándo he de ser vuestro juguete?
Aun no sufrió bastante
vuestra víctima triste? No os espante

si ya de padecer causada, al mundo
de mi ventura lánzome violenta,
uno y otro cadáver
atropellando con indócil brio
y de vosotros á mi vez me rio.

(Cogiendo la daga que el Conde ha dejado en el suelo.)

El brillo de este hierro me fascina.
Con un golpe no mas vengarme puedo.
Me vengaré! Desolacion y ruina.
Quién es él? Un malvado entre los hombres,
que de encendidas llagas ha cubierto
mi corazon amante. Quién es ella?
Serpiente ponzoñosa
que el seno muerde en que feliz reposa.
Ya perdonar no quiero el negro ultraje.
Ya despertar la compasion no quiero;
sí el aborrecimiento y el corage.
Férrea mano invisible en el sendero
del criminal me lanza
y escucho en torno retumbar venganza.
Corramos en su busca;
sucumba esa mujer, mísero objeto,
de mi rencor profundo
y aprenda á aborrecerme
y á respetarme al par el ancho mundo.

(Corre hácia el foro precipitadamente, pero en este momento se oye la dulce voz de Adaleta.)

ADAL. Madre mia! Do estás. *(Dentro.)*

ALB. Ella se acerca,
(Dá un grito de sorpresa y queda como petrificada.)

y nieve es ya mi fuego, y este hierro
se escapa de mi mano.

Oh maldita miseria del humano!

(Arrojando al suelo el puñal.)

ESCENA VIII.

ALBERTA y ADALETA.

ADAL. Madre del corazon! Al fin te encuentro.

Aquí me dijo el Conde que te hallabas,
(Corriendo á abrazarla y con mucha ternura.)

y sin mas dilacion volé á este sitio
mi perdon á implorar. Cómo! enojada
estás conmigo aun? Sé bondadosa
y al punto olvida la inocente falta.
Por la memoria de mi padre vuelve
á mí los ojos en accion de gracia.

ALB. (Su padre!)

ADAL. Mira, siéntate á mi lado,
(*Sentándose y obligando á su madre á que lo haga asién-
dola de una mano.*)

sabrás al punto lo que el pecho guarda.
Aquesta noche con valor me siento,
para decirte que amo y soy amada.
Allá en Venecia mi existir corría
cual limpio arroyo en que la flor se baña.
Recorría balsámica pradera
tras libre mariposa una mañana,
en que bella cual nunca aparecia
madre de amor en el oriente el alba,
cuando noté que armado caballero
refrenando el bridon, me contemplaba.
Yo los ojos bajé y al punto mismo
la linda mariposa fué olvidada.
Luego le ví do quier, dióme un billete
al fin, do su pasion me declaraba:
yo respondile que por él latía
mi corazon con ligereza estraña,
que aun cuando de rubor me conmoviese
era á mis ojos su presencia grata;
que su pasion tornábame dichosa;
y que si esto era amor, yo le adoraba.

ALB. (Qué va á ser de las dos?)

ADAL. Hacer mi dicha
para lo porvenir, ó mi desgracia,
hora en tus manos es.

ALB. (Santos del cielo!
las fuerzas ya para sufrir me faltan!)

ADAL. Tú pobre madre, comprender no puedes
cuán hermoso es llamarse soberana
de un corazon tan bello como el suyo
de ternura y amor dulce morada.

ALB. Pero de su cariño estás segura?

ADAL. Como de que hay un Dios que nos ampara.

ALB. El te lo dijo así?

ADAL. Mil y mil veces.

ALB. Lo juró!

ADAL. Por la cruz y por su espada.

Qué me respondes? Di, seré su esposa?

ALB. (El corazón retuércese de rabia.)

ADAL. Tu agitacion comprendo. Mas no temas

mi cariño perder, madre adorada,

hija amante seré y amante esposa.

ALB. (No hay mas sufrir, la resistencia es vana.)

ADAL. Contigo viviremos á tu lado,

modelo siendo de sin par constancia,

tú gozarás en la ventura nuestra.

ALB. (Hija de maldicion!)

ADAL. Madre del alma!

te querré tanto yo! tanto Genaro!

Serás tambien su madre.

ALB. Basta, basta.

ADAL. Virgen Santa! Qué tienes?

ALB. Tengo celos.

No lo conoces y digiste que amas?

tengo que se me rompe la cabeza,

y el comprimido corazón estalla.

Tengo que yo tambien adoro á ese hombre,

que tú eres mi rival! Que á nuestras plantas

se abre un abismo, y que en su centro oscuro,

has de quedar conmigo sepultada.

ADAL. Piedad! (Cayendo de rodillas.)

ALB. Seré la execracion del mundo,

y sin embargo le amo; emponzoñada

correrá mi existencia, y sin embargo

le adoro; habrás de sucumbir á tantas

penas, y sin embargo le idolatro.

Y si el infierno entero se mostrará

en el sendero de mi amor profundo,

veloz siguiera mi triunfante marcha.

Adaleta que permanece de rodillas con el rostro oculto entre las manos, se levanta, dá un grito penetrante y sale por el fondo con el mayor desorden y rapidex.)

Huye, sí, que en mi ardiente desvario

tan solo el grito de mi amor no calla.

Yo tu madre no soy, yo te detesto.
Tenerte no he podido en mis entrañas.

ESCENA ULTIMA.

ALBERTA, *el PEREGRINO precipitadamente.*

PEREG. Señora!

ALB. El peregrino! *(Sorprendida.)*

PEREG. A vuestra hija
he visto presa de terribles ansias
y llamando á la muerte en roncos gritos...

ADAL. Pronto!! *(En la mas viva agitacion.)*

PEREG. Correr hácia la gran cascada
que forma del jardin el ancho estanque.

ALB. La muerte se vá á dar y por mi causa,
nunca mas la veré y arrepentida...
(Como concentrándose en si misma.)

*(Dando un grito agudisimo y dirigiéndose hácia el foro
con la mayor rapidez y en frenético desorden.)*

Qué hice yo Santo Dios?.. Aguarda, aguarda.
He mentido! Te adoro! Soy tu madre!!
Hija del corazon.

(Sale y siguen oyéndose sus gritos.)

PEREG. Dios Santo, gracias!!

(Levantando las manos al cielo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



Un patio del castillo. En el foro una gran puerta que ha de abrirse á su tiempo y dejar ver el altar de una capilla. Un banco de piedra á un lado del teatro. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

PEREGRINO *solo.*

Huyen las sombras del suelo
y los tibios resplandores
del naciente sol coronan
la altiva cerviz del monte.
Qué eternidad tan horrible
hasta que de nuevo torne
á ennegrecer el collado
armada en horror la noche;
Existir! Profundo abismo
que vértigos causa al hombre,
que en un momento de fiebre
sondearle se propone.
Si á lo pasado se mira,
hácia adelante se corre;
si á lo presente, el dolor

nos torna en mármol inmóvil;
si á lo porvenir, los ojos
ciérranse á tantos horrores.

ESCENA II.

PEREGRINO y GENARO.

GENARO. Al fin os hallo. Escuchad,
que tal vez mucho os importe
lo que tengo que deciros.
Ciega Alberta de furores
el secreto de su amor
á Adaleta descubrióle.
La pobre niña aturdida
con revelacion tan torpe,
hácia la inmensa cascada
del jardin rauda lanzóse.
Cuando llegué yo á aquel sitio
ya estaba Adaleta sobre
una roca circundada
de arbustos y blancas flores.
Bajo sus plantas rugia
el profundo abismo, donde
despéñase la cascada
en torrentes bramadores
que salpicaban al rostro
de aquella ninfa del bosque.
Postrada junto á la roca
y lanzando agudas voces,
hallé á la madre que triunfa
y á la mujer se antepone.
Cayó Adaleta en sus brazos,
un grito no mas oyóse
de tres lanzadas á un tiempo,
y á pesar del rudo choque
de la cascada se oían
latir nuestros corazones.
Alberta rompió el silencio.
Mira tu esposo en ese hombre,
dijo á Adaleta, y al punto
de nosotros alejóse.

PEREG. Lo sabía. (*Retirándose.*)

GENARO. A dónde vais?

PEREG. No temas que te abandone. (*Váse.*)

ESCENA III.

GENARO y ALBERTA. Poco despues el PEREGRINO.

GENARO. Cuándo miraré desecho
el misterio que le envuelve.
Mas debajo de aquel árbol
diviso un bulto que inerte
vaga en derredor del tronco.
Pobre Alberta! se detiene,
suspira, á aquí se dirige.
Qué palidez! Dios clemente!

(*Se retira á un ángulo del foro. Sale Alberta muy pausadamente, y permanece inmóvil repetidas veces antes de llegar al ángulo opuesto del teatro en que está colocado el banco de piedra, en el cual se sienta. Sus cabellos deben estar en desórden, su palidez es mortal.*)

ALB. Genaro! Tu dulce nombre
(*Despues de una pausa.*)

á mi oído al menos llegue
por mis labios pronunciado.
Sola estoy. Nadie me puede
escuchar. Qué tal consuelo
hoy tambien no se me vede!

GENARO. Señora! (*Presentándose.*)

ALB. Genaro!

GENARO. Adios

vengo á deciros por siempre.

ALB. Partir! Y esa pobre niña?

Si supiérais cuanto os quiere!

Casi tanto como yo!

Partir! Partir! Cuando en breve

unida á la dicha suya

comenzar la vuestra debe.

GENARO. Y á vuestra desgracia...

ALB. No.

Cuando feliz la contemple

lo seré tambien...

GENARO. Y así

lo decis?...

ALB. Serena, alegre.

GENARO. Aislada.

ALB. Piedad! Aislada

en la lucha no me dejes.

La sombra allí de mi esposo

alzarse he visto imponente,

pigmeos siendo á su lado

los mas altivos cipreses,

y su ronca voz de trueno

aun escuchar me parece:

«Sé inícuo, á lo menos, madre.»

Si tú á mi ruego no cedes,

ese aterrador fantasma

me perseguirá inclemente.

GENARO. La realidad es de hierro,

las sombras se desvanecen.

ALB. Pero no ves que si partes

y en este maldito albergue

permanezco entre una tumba

y un ser que incesantemente

me reconvenga, será

mi vida pausada muerte?

Si partes sin Adaleta

nunca mas volveré á verte.

(El peregrino escucha estas palabras desde el fondo; luego hace un gesto significativo y sale.)

Escucha lo que he resuelto

y á mis súplicas accede.

Del monasterio vecino

haré yo que venga en breve

un monge que en la capilla

os una solemnemente.

Luego partireis tan lejos

que en mis oídos no suenen

vuestras palabras de amor

ni mis ojos os contemplan.

Y sola con un fantasma

que de pavora me hiele

y despues que haya mi pecho

tragado las hondas heces

de toda angustia, quizá

tendré valor suficiente
para volver á tu lado.
Qué esperanza tan celeste!
Mira, entonces mi Adaleta
será bienhechora fuente
que la ya casi cerrada
quemante llaga refresque.
En pago á tal beneficio
aumentar vuestros placeres,
dará vuestro amor mas vida,
será mi anhelo ferviente.
Quizá á costa de desvelos
os haga olvidar el fuerte
dolor que llegue á causarnos,
y si no le consiguiere,
besaré humilde la mano
que rasgue mi pecho aleve.

GENARO. Alberta! su esposo! Nunca.

ALB. No ves que en el alma hieres

al que un sangriento combate
con su corazon sostiene
y que una palabra tuya
luego condenarme puede,
ó la palma del martirio
benévola concederme?

No ves que ardorosos celos
ya me tornaron demente?

No ves que si el dique rompo
que el temible mar contiene
de mi amor, tres existencias
á peligrar luego vuelven?

Corre, corre, y torna al punto
con mi hija. Qué te detiene?

Mira que te adoro... Mira
que soy mujer... Vete, vete. (Váse Genaro.)

ESCENA IV.

ALBERTA, sola.

Tengo al corazon ligada
una insaciable serpiente
que en oprimirle se goza

y con delicia le muerde.
Casados! A tanta angustia
mi corazón desfallece.
Saciad vuestra rabia cielos,
ó dejad que un punto aliente.

ESCENA V.

ALBERTA, GENARO y ADALETA.

(Genaro conduce al lado de su madre á Adaleta que permanece en silencio y con la cabeza inclinada.)

ALB. Perdona á tu madre... Mira
que si fué la culpa grande,
mayor ha sido la pena.
Ay! infeliz! Tú no sabes
cuanto de piedad soy digna.
De mí la vista no apartes.
No vés que el llanto me ahoga?
Tú me aborreces.

ADAL. Ay! madre!

(Arrojándose en sus brazos.)

ALB. Tu madre, Adaleta mia,
de nuevo tal nombre dame.
Pobre flor que en mi regazo
calor benéfico hallaste
y luz de mis dichas fuiste
y alivio de mis pesares;
Cómo no temí que el cierzo
en su furor te arrastrase?

ADAL. Madre mia! *(Abrazándola de nuevo.)*

ALB. Un beso y todo
se acabó! Por qué distante *(A Genaro.)*
permaneceis; vuestros brazos
aguarda impaciente un ángel.

(Genaro abraza á Adaleta de modo que esta queda entre los brazos de Alberta y de Genaro, formando un grupo halagüeño. En este instante aparece por el foro la figura taciturna del Conde que permanece inmóvil contemplándolos con su sonrisa irónica.)

CONDE. Ahora os contemplo abrazados
y érais enemigos antes?

- Quereis juzgaros dichosos
cuando sufrís? Miserables! *(Se acerca.)*
- ALB. Llegad; fuerza es que se cumpla
(Reparando en él.)
hoy mi voluntad.
- CONDE. Mandadme.
- ALB. Al Monasterio vecino
partireis en el instante
y un sacerdote...
- ADAL. Qué dices?
- ALB. *(Hoy... al punto vuestro enlace
lugar habrá de tener.)*
- ADAL. *(Imposible.)*
- ALB. *(No desgarres
mas el alma mia. Es fuerza
que mi voluntad acates.)*
- ADAL. *(Ay madre mia.)*
- ALB. Te ama,
él que nunca ha amado á nadie;
te lo aseguro.
- ADAL. *(Imposible.)*
- ALB. *(Con tu propia mano á darme
la muerte vas.)*
- ADAL. *(Compasion.)*
- ALB. *(No me hieras tú implacable!)
En busca de un sacerdote *(Al Conde.)*
luego partid.*
- (En este momento aparece por el foro izquierda un monje
de aspecto venerable.)*
- TODOS. Ah! *(Al verle.)*
- CONDE. Miradle
que viene sin ser llamado.
- ALB. Oh! tan pronto! Dios me ampare!
El nos le envia sin duda.
(Corre al monje y le habla en voz baja.)
(Fué un peregrino á buscarle.
Irá á dejarme el valor?
Ay! no circula mi sangre,
no veo, voy á morirme.
(Al punto que será tarde
Corriendo á Genaro.)
dentro de un momento solo.)

Hija mia, ven, abrázame. (*A Adaleta.*)
ADAL. Te lloré madre, perdida, (*Abrazándola.*)
y al fin he vuelto á encontrarte.
ALB. Vamos.
GENARO. Cúmplase mi sino.
ADAL. Y tú por mi causa...
ALB. Nadie

mas feliz que yo. No ves
qué tranquila estoy? Juradle
amaros eternamente.
Pronto, pronto.
(*Abre la gran puerta de la capilla en la cual se
vé un altar. Adaleta se arroja de nuevo en los
brazos de su madre y llora. Genaro nada dice,
pero en él se vé una horrible agitacion. El con-
de lo habrá contemplado todo inmóvil y con ojo
escudriñador.*)

Ay! ayudadme. (*A Genaro.*)
GENARO. Adaleta, Dios lo quiere!
(*Adaleta se deja arrastrar por Genaro.*)
CONDE. (Desventurados amantes!)
(*Alberta los empuja hácia la capilla y entran en
ella precedidos del sacerdote. Las puertas se
cierran.*)

ESCENA VI.

ALBERTA y el CONDE que permanece en el foro.

ALB. Oh! sin igual tormento.
CONDE. Van á casarse.
(*Baja lentamente hácia el proscenio.*)
ALB. Calla, que al oir lo
revuélvese hervidor el pensamiento.
CONDE. Van á casarse.
ALB. Calla.
Dime que no es verdad; que estoy demente,
que ese monstruo fatal, y esa Adaleta,
á quien llamé hija mia,
seres son que abortó mi fantasia.
No es cierto que me engaño?
Respóndeme que sí. Logra aturdirme

con raudo torbellino de palabras,
que en mí la paz difundan.
No me dejes pensar! Intento vano!
la muerte dame con tu propia mano.

CONDE. Van á casarse!!!

ALB. Un rayo te confunda.

CONDE. Por qué tan honda pena?

Miradme á mí tranquilo.

ALB. Y dejaré por fin que se consume

*(Sin oír lo que el conde dice y dando siempre
señales de la mas viva agitacion.)*

de la existencia mia
el sacrificio?

CONDE. Tiempo es todavía.

ALB. Inútil batallar. No mas quebranto.

CONDE. Corred, volad.

(Señalando á la puerta de la capilla.)

ALB. Ampárame Dios Santo!

*(Alberta se adelanta hácia la capilla, se detiene
y luego vuelve precipitadamente y cae de rodi-
llas en el proscenio. Profundo silencio. Luego el
conde se acerca á Alberta que permanece arro-
dillada y esta dá señales de la mas desesperada
lucha, ya levantando los ojos al cielo, ya prestan-
do oído á lo que el conde dice.)*

CONDE. Ruega, imbécil, á Dios! Será posible
que tanta y tanta tu miseria sea

que inmóvil mires descender el rayo
que sobre tu cerviz raudo serpea?

Sabes lo que es mirar correr los años
con sus meses, sus días,

sus horas y minutos,
cuando es cada momento

siglo sin fin de sin igual tormento?

Sabes lo que es haber asesinado
la propia bienandanza,

y negro adios decir á la esperanza?

Sabes lo que es en el averno hundirse
y allí del suicidio arrepentirse?

Despierta ya cobarde.

Tiempo es aun, muy pronto será tarde.

(Alberta da un grito horrible y se lanza como un

rayo á la puerta de la capilla que abre violentamente. En este momento están arrodillados Genaro y Adaleta al pié del sacerdote que los bendice. Alberta vuelve á cerrar en seguida y retrocede espantada hasta que desfallecida se deja caer en el banco de piedra.)

ALB. Imposible, los une eterno lazo!

CONDE. (No hay lazo que la muerte no deshaga.)

ALB. Y no hay remedio! Y morarán unidos y felices serán.. Y yo... La tierra, por qué ya no me traga?
Por qué no se hundan sobre mí los cielos?
Lejos, muy lejos apartad, dejadme!!!
Tengo celos, infames, tengo celos!!!
(Vase corriendo y dando muestras de horror y desesperacion.)

ESCENA VII.

EL CONDE solo, en seguida GENARO, ADALETA y el SACERDOTE.

CONDE. Retroceda espantado el ser mezquino que de su nada en el fangal se agita ante la valla que se alzó triunfante de su ferviente anhelo en el camino, mientras la voz escucho que me grita el balladar derrumba y adelante.
(Salen de la capilla y váse en seguida el sacerdote despues de haberse inclinado ante él Genaro y Adaleta.)

ADAL. Genaro mio!

GENARO. Querubin hermoso!

CONDE. (Son felices... tambien yo soy dichoso!)

ADAL. Mas do mi madre está? Quiero abrazarla.

(Al conde reparando en él.)

CONDE. Se acaba de alejar por ese lado.

ADAL. Tambien á vos.

(Vá á arrojarle en sus brazos, pero Genaro la detiene imperiosamente y dice variandó de aspecto.)

GENARO. Corramos! (Vánse.)

ESCENA VIII.

CONDE *solo.*

Desdichado!

(*Mirando alejarse á Genaro.*)

Yo de tus brazos lograré arrancarla
aunque á ellos la amarrase
duro lazo de hierro.

Puedo olvidarme de la negra mancha
que sobre mí arrojaste valeroso,
de que eres mi rival puedo olvidarme;
mas por desgracia tuya eres hermoso.
Razón tuvo Adaleta.

Feo eres tú, y hermoso mi Genaro!

Preferir no podía,
á su rizada y suave cabellera
este tosco cabello enmarañado;
ni á sus labios de rosa,

húmedos en dulcísima ambrosía,
estos hinchados labios repugnantes;
ni á sus ojos brillantes

cómo la luz del día,
aquestos ojos que á la vista roba
amarillenta nube;

ni á su gentil talante mi joroba.

Naturaleza impía!

Madre de amor para Genaro fuiste
y para mi madrastra.

El vil gusano que á tus piés se arrastra
tu cólera impotente desafía.

Preso en tus propias redes,
mas grande hacer mi fealdad no puedes,
y yo al mostrarte solo

tu impura concepcion que infunde miedo,
aun de vergüenza anonadarte puedo.

Pero las horas huyen
y su carrera detener no es dable.

Quién á mi bien se opone! Un hombre solo.

No es el hombre gusano miserable,

que engendra el fango? que en el fango bulle
y que de nuevo escóndese en el fango?

Pues sin furor ni ruido

aplasta ese gusano y has vencido.

Y de su muerte quién podrá acusarme?

La conciencia tal vez? Nunca he sentido

lo que el idiota mísero sostiene

que espresa tal palabra,

ni el temor de sentirlo me detiene.

Y quién es él para que nunca pueda

por tal resolución perder la calma?

Un semejante mio?

por eso mismo le aborrece el alma.

Adelante. Qué debo yo á la tierra?

Qué debo al cielo siempre mi enemigo?

La triste vida solo,

la vida que detesto y que maldigo.

Nada podrán las leyes del humano,

que son como trapajo vergonzoso

que espanta al inocente pajarillo,

para alejarle del frutal sabroso.

Adelante: adelante, y en profundo

desprecio corre armado.

Mar siempre alborotado

es el nefario mundo.

El que sepa remar que reme y bogue,

y el que remar no sepa que se ahogue.

Pero cómo por obra *(Pausa.)*

mis proyectos poner? En un castillo

del mundo retirados

y solo rodeados

de siervos fieles. Nadie accedería

á ser de mi rival el asesino.

Luego la sangre mancha acusadora.

No es un puñal ahora

lo que me puede abrir triunfal camino.

Una muerte callada,

que natural parezca,

que solo rastro deje

en el profundo seno.

Sí, lo que necesito es un veneno.

Mas dónde se he de hallar? por el tesoro

de un veneno mi sangre vertería.

ESCENA IX.

EL CONDE *y el PEREGRINO que se habrá acercado á él con lentos pasos y oye sus últimas palabras.*

PEREG. Vuestra sangre guardad si me dais oro.

CONDE. Me oíste. *(Sobresaltado.)*

PEREG. Oí las últimas palabras.

Vos un letal veneno

quereis comprar, y yo venderle ansío.

Mi silencio os importa

pero no tanto cual me importa el vuestro.

Nada habeis que temer.

CONDE. Estamos solos?

PEREG. Sí: de pasar acabo

por el patio primero del castillo

y allí todos se encuentran presurosos

enjaezando rápidos corceles

para que los esposos

se alegen hoy de albergue tan sereno.

CONDE. Van á partir. *(Con viva ansiedad.)*

PEREG. Al punto.

CONDE. Ese veneno!

PEREG. Miradle. *(Dándole un pomito.)*

CONDE. Y es activo?

Y la muerte es segura?

PEREG. En muy breves instantes

el ser arranca á la materia impura

con gustarlo tan solo.

CONDE. Y algun rastro se advierte

en el cadáver frio?

PEREG. Tan solo el rastro de angustiosa muerte.

CONDE. Abandonad sin tregua estos lugares;

y si un castigo bárbaro os espanta

á pisarlos no torne vuestra planta.

PEREG. Debe hoy mismo salir de Barcelona

numeroso tropel de aventureros

que á Francia se encamina,

para luego marchar á Palestina,

y con ardor no visto
el gran sepulcro libentar de Cristo.
Yo partiré con ellos
en peregrinacion.

CONDE. El os inspira.
Partid á Francia á Palestina luego,
yo lo exijo de vos y yo os lo ruego.
Mas antes me direis donde se oculta
el hijo de mi amor.

PEREG. Aun no es posible.
Que lo sepais haré cuando lo sea.

CONDE. Partid al punto sin que nadie os vea.
(*Dándole una gran bolsa de cuero.*)

PEREG. A Palestina iré, tal es mi anhelo.

CONDE. Y al servicio la paga corresponde.
Mi silencio del vuestro me responde:
Digoos por siempre adios.

PEREG. Guardaos el cielo. (*Váse el Peregrino.*)

ESCENA X.

CONDE solo.

Oh! miserable humano!
basta de otro mortal el soplo leve
para tornarte luego en polvo vano.
Alégrate, pareja bendecida.
Rica en amor y rica en hermosura,
que el piélago tranquilo de ventura,
te prometes mirar correr la vida;
yo lograré romper el dulce lazo
de vuestro amor profundo
interponiendo entre los dos el mundo.
Y entonces, Adaleta,
tú que en mi helado pecho
derramaste un raudal de fuego activo,
junto al sucio despojo de un cadáver
olvidarás la fealdad de un vivo.
Me parece que hervir siento en mi mano
este licor fatal. Cómo en el seno
de mi rival derramaré el veneno,
cuando alejarse debe al punto mismo?

Por Dios, que en un abismo
de reflexiones piérdome y no encuentro
medio que el triunfo de mi plan afirme.
Negros génios del mal llegad á oidme,
y sirva yo de centro
al círculo infernal de vuestra danza,
y ardiendo en sed de luto y de venganza
mostradme senda breve
que de mi afan al término me lleve.

*(Queda un momento reflexionando hasta que
esclama alborozado.)*

Gracias os doy! Ya idea abrasadora
logró en mi mente alzarse triunfadora.
Mucho se arriesga en ella;
pero no cejaré ni un solo paso,
que hoy el rigor apuro de mi estrella.

(Con entusiasmo diabólico.)

Yo formaré gracioso ramillete
de bellas blancas flores,
y como santo emblema
de cándidos amores,
lo entregaré á esa niña diligente,
para que haga riquísimo presente
á su gentil Genaro,
que en grato desvario
las flores besará; y en el rocío
que humedezca sus labios;
y al bendecir su suerte
tragará con placer bárbara muerte.

Este veneno mata
con gustar tan solo.

Tal dijo el Peregrino y no cabía
en él entonces falsedad ni dolo.
Mas puede que tambien ella sucumba:
sea, si tan contrario es su destino
antes que de Genaro de la tumba.

Manos á la obra, pues; á grandes males
remedios arriesgados se requieren,
que puedan ser fatales.

Y pues mi cara es fea
el alma es justa que tambien lo sea. *(Vase.)*

ESCENA XI.

ADALETA, *que sale despues de una pausa, dice el siguiente monólogo con la mayor lentitud.*

ADAL. Partir no quiero sin decir al Conde un postrimer á Dios; era el amigo de mi padre infeliz, y siempre bueno fué en mi niñez conmigo. Hoy partir con mi bien idolatrado, de nuevo separarme de la que el ser me ha dado?.. No acierto á comprender lo que me pasa, la frente se me abrasa, y ya sin voluntad ni movimiento llevada soy á la merced del viento. La clara luz de tu piedad me muestra. Oh! reina de los ágneles hermosa! Ob! vírgen amorosa, vida y dulzura y esperanza nuestra.

ESCENA XII.

ADALETA *y el CONDE con un ramillete de flores blancas en la mano.*

CONDE. Te buscaba.

ADAL. Y yo á vos para deciros que vamos á partir.

CONDE. Yo para darte aqueste ramillete que he formado, estando en el jardin. Al tierno esposo puedes hacer con él grato presente. Dáselo de tu amor y tu dulzura cual símbolo inocente. Mira que lindas flores. La que al cielo debió menos primores en el seno pulguérrimo atesora y el cristalino llanto de la aurora. Ya véis que de tu dicha,

- ADAL. hoy me llegué á ocupar.
Y yo os guardaba (*Abrazándote.*)
todavía rencor! Mal os juzgaba;
clemente perdonadme. Cuán dichoso
será mi dulce esposo
cuando le dé estas flores
como fiel espresion de mis amores.
- CONDE. Y dile que tú propia
el ramillete hiciste,
y cuenta con ajarle; que á su mano
llegue en dúlcido olor, fresco y lozano.
Pero él aquí se acerca,
que no te halle conmigo.
- ADAL. Oh! mi segundo padre, yo os bendigo.
(*Váse el Conde.*)

ESCENA XIII.

ADALETA y GENARO.

- GENARO. Siguiéndote venía
y hallándome á tu lado
no oso del suelo levantar los ojos.
- ADAL. Qué dices?
- GENARO. Olvidaste lo pasado?
- ADAL. El cielo nos ha unido,
su mano al religioso ha conducido
que á enlazarnos venía.
Tú eres mi esposo.
- GENARO. Y tú la esposa mía!
- ADAL. Acoge pues clemente
aunque ternura en él tan solo veas
mi presente nupcial.
(*Dándole las flores.*)
- GENARO. Bendita seas.
Oh! placer sin igual. Nada me digas,
(*Besando con delirio las flores una y otra vez.*)
déjame hablar con ellas
y que las bese y que las llame amigas.
Yo os guardaré por siempre cauteloso
y aun en polvo desechas

sereis de nuestro amor simbolo hermoso.
Angel consolador!

(Arrojándose en sus brazos.)

ADAL. Genaro amado!

(Alberta sale y permanece un momento contemplando este grupo con dolor.)

ALB. Cuán pronto un infeliz es olvidado!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, ALBERTA, luego el CONDE, despues el PEREGRINO.

ALB. Todo dispuesto se halla *(Adelantándose.)*
para vuestra partida.

ADAL. Ay Dios! Tan pronto!

ALB. Ningun esquiŕe en la apartada orilla
hemos do se alza el torreón hallado
para que á Barcelona os condugera.
Ligerísimo bruto enjaezado
os aguarda impaciente.

Partid á Barcelona
y sin tardanza alguna
volved á Italia que el placer corona
y de vuestro amor fué blanda cuna.

Abrázame hija mia
y juzgaré que me amas
si lágrima imprudente no derramas.
Hacedla muy feliz. *(A Genaro.)*

ADAL. Pero algun dia
no volarás, oh madre! á nuestro lado?

ALB. Tal vez.

ADAL. Sí, madre mia.

Prométeme que un dia afortunado
haciendo el gozo de los tres completo
junto á mí te veré.

ALB. Te lo prometo.

Pero venid; ya fuera del castillo
nos diremos adios.

GENARO. Tened.

(Palideciendo y llevándose la mano á la frente.)

ALB. }
ADAL. } Genaro!

- GENARO. Oh! bárbaro tormento.
- ADAL. Ay Dios!
- GENARO. Qué es esto que me está pasando.
(*Genaro que es conducido por las dos mujeres al banco de piedra se deja caer en él.*)
- ALB. Socorro en el momento. (Váse.)
- ADAL. Genaro ten valor, mírame. Escucha.
(*A Genaro que con la vista fija y el rostro demudado parece no escucharla.*)
(*Al ver que no la oye desesperada se arrodilla, y llora: instantes de silencio profundo.*)
Ay! Santo Dios, amengua su agonía.
(*Sale Alberta, vé á Adaleta arrodillada y da un grito horrible.*)
- ALB. Adaleta!!
(*Corre á Genaro, se convence de que vive y dice respirando apenas.*)
Creí que... no... existía.
(*Adaleta corre también á Genaro.*)
- GENARO. Voy á morir.
- ALB. {
- ADAL. { Genaro.
- GENARO. Mira.
(*Cogiendo la mano de Adaleta y poniéndola sobre su frente.*)
- ADAL. Cielos!
qué sudor. (*Retirando la mano con horror.*)
- GENARO. Apartad; dejadme solo.
(*Las dos mujeres abrazadas se retiran. Genaro sigue presa de las mayores angustias.*)
- ADAL. En vano ya con su dolor batalla;
(*Bajo á su madre.*)
le perderemos.
- ALB. Calla!
(*Poniéndola la mano en la boca.*)
- GENARO. Ay! Adaleta: escucha.
- ADAL. Habla Genaro mio.
- GENARO. Te idolatro. Yo muero.
Ya mis ojos no ven... Bárbara idea!
Adaleta, ella fué. Ya os reconozco.
Su vista me hace daño.
(*A Alberta mirándola con horror y apartándola de sí.*)
Que no acibare mi postrer momento.

Llévatela de aquí. Vivora ingrata.

(A Adaleta.)

ALB. Oh! Santo Dios!

ADAL. Mi madre!!

(Apartándose de ella.)

GENARO. Ella me mata.

(De manos de Genaro se escapan las flores que habrá besado en sus últimos momentos.)

ALB. El corazon no late. Ya no existe.

(Corriendo á él.)

Condenacion!

(Adaleta coge las flores que ha dejado caer Genaro, besa su frente, retrocede con espanto y despues de una gran carcajada que espresa su estado de demencia dice á su madre.)

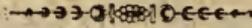
ADAL. Tú fuiste!!

(El Conde que se habrá asomado por un ángulo del teatro momentos antes de la muerte de Genaro y lo habrá contemplado todo con un gozo infernal, hace un gesto que sinifique TRIUNFE: cuando el Peregrino sale con lento paso por el lado opuesto arranca las flores á Adaleta y las deshoja; despues arroja con calma á los pies del Conde la bolsa de cuero que este le dió y permanece inmóvil cruzado de brazos. El Conde retrocede. Todo esto ha de ser obra de un solo instante.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.



Una espaciosa bóveda, cuyos rompimientos se pierden á derecha é izquierda; sepulcros á ambos lados de mármol blanco; algunos de ellos con estatuas encima. El fondo estará ocupado por una gran puerta que se supone conducir á una segundo bóveda.

ESCENA PRIMERA.

EL PEREGRINO, *solo.*

Héme aquí ya de tumbas circundado
y entre seres que altivos discurrieron
por el mísero valle de la vida,
y que gozan al fin de eterno sueño.
La dicha vuestra al recordar tan solo
en indomable envidia me estremezco.
Hizo el Señor en su clemencia al hombre
y puso para hacer su bien completo
mas allá de la cuna el triste llanto,
mas allá de la tumba el dulce premio.
Rompa Señor el ángel de la muerte
el débil lazo que me liga férreo
á la que mundo todos apodaran

inmensa tumba de placeres muertos.
Dichoso tú Genaro que te alzaste
(Dirigiéndose á la gran puerta del foro.)
á las vastas regiones del silencio.
No es verdad que en la tumba ocultos moran
ilusion, esperanzas y contento?
Esta puerta conduce á la segunda
bóveda principal en cuyo centro
la tumba se levanta del esposo
de esa mujer, y la que no há un momento
Genaro ocupa. Fuerza es que mi planta
baje á turbar el sepulcral sosiego.
Quién se dirige á este lugar? Es ella.
(Mirando á la derecha.)
Ya á la culpable entre sus jueces veo. *(Váase.)*

ESCENA II.

ALBERTA.

Oh Santo Dios! concédeme tu amparo.
Mi sangre toda congelarse siento.
En hondo espanto estremecida, solo
despues de afanes mil la planta muevo.
Y sin embargo fuerza es sepultarme
en recinto fatal de horror mas negro.
El indignado espectro allí se esconde
y hoy á implorarle penitente vengo.
Pero Genaro allí tambien se encuentra.
Aun harto no sufrí?... Perdon... no puedo.
*(Cae arrodillada junto á la puerta que conduce
á la bóveda con el rostro oculto entre las ma-
nos. Eneste momento se oye á la izquierda la
dulce voz de Adaleta que entona al laud la can-
cion del acto primero.)*
Gracias te doy, mi ruego has escuchado,
y de ese ángel Señor al blando acento
brilla á mis ojos del deber la llama
y el alma baña bien hechor consuelo.
Héla allí que se acerca! Pobre rosa!..
Cómo piedad no tuvo el crudo cierzo?
*(Alberta se habrá levantado y ahora se halla se-
parada de la puerta de la bóveda.)*

ESCENA III.

ALBERTA y ADALETA que sale con el pelo tendido y una corona de rosas blancas en la cabeza. Se dirige con rapidez á la puerta del fondo y escucha atentamente un largo espacio hasta que dice despechada.

ADAL. Respóndeme Genaro. Por ventura me has olvidado ya?

ALB. Cruel tormento.

ADAL. Y esa puerta que siempre hallo cerrada! Mira... acércate... ven... ambas podremos
(Reparando en Alberta.)

derribarla... Te niegas á ayudarme? Si supieras!.. Apiádate mi ruego. Mi Genaro está allí, mi dulce esposo. Me le han arrebatado y yo no quiero que me llame y el eco le responda.

ALB. Pero Genaro!..

ADAL. Si, Genaro ha muerto. Sabes quien le mató? Mi propia madre.
(En voz casi imperceptible.)

Pero calla... que el hórrido secreto en lo profundo de tu pecho muera. No lo sepa jamás ni el mismo viento.

ALB. No fué tu madre, no, yo te lo juro. Tu madre es inocente! A Dios apelo.

ADAL. Ella fué, no lo dudes. Pobre madre! cuanto debió sufrir! Tenía celos!

ALB. Ella al esposo tuyo dar la muerte! Ella á Genaro asesinar!..

ADAL. Volemos, quizá la puerta ceda.

ALB. No: es forzoso
(Deteniéndola.)

que me escuches. Deten el raudo vuelo de tu enferma razon. Murió Genaro, y Alberta mas que tú sufrió por ello.

ADAL. Vamos.

ALB. Detente, es fuerza que te arranque esa idea que roe cual hambriento cancer mi corazon.

- ADAL. Ella le amaba!
- ALB. Y con su propia mano ella le ha muerto!
- ADAL. Déjame.
- ALB. No te irás; óyeme atenta;
mírame, pon en mí tu pensamiento.
- ADAL. Me lastimais.
- ALB. Tu madre no es culpada.
- ADAL. Ella me mata! Aun lo estoy oyendo.
- ALB. Mintió, te digo que mintió.
- ADAL. Me asustas,
mas por desgracia lo que dijo es cierto...
- ALB. Repito que mintió! Bárbaro sino.
Yo tambien, santo Dios, loca me vuelvo.
- ADAL. Pero escucha. Su muerte no deploras.
No ves que yo me rio? Hace un momento
(Llevándola con gran misterio al proscenio.)
que dúlcida cancion al viento daba
para saber si estaba ya despierto
mi dulce amor; cuando á la espalda mia
dijo una voz: No llores, que muy presto
el dulce esposo tornará á la vida.
La vista en torno dirigi y no vieron
mis ojos ser ninguno. Dios me hablaba,
Dios que la inmensidad vió de mi duelo.
Alégrate cual yo. Dios me ha ofrecido
que en los brazos al fin le estrecharemos.
- ALB. Adaleta infeliz!
- ADAL. Ves, yo queria
(Quitándose la corona y mostrándosela á Adaleta.)
ornar con flores su marmóreo lecho.
- ALB. Cerrada está esa puerta. No es posible.
- ADAL. Genaro. No me oirá. Mas pronto espero
poderle ver. Adios. Soy tan dichosa!
(Yendo á la puerta.)
- ALB. A tu madre odiarás?
- ADAL. La compadezco.
(Vase cantando.)

ESCENA IV.

ALBERTA, *sola.*

Sin hija, sin Genaro, sin esposo,
sin esperanza en la piedad del cielo.
Ella me acusa, acúsame Genaro
y desde el fondo del sepulcro abierto
el ultrajado esposo me maldice
y el mismo Dios me execra, y al eterno
suplicio me condena. A do la vista
volver para encontrar un ser tan lleno
de amargura cual? Juzgo imposible
que hallarle pueda ni en el mismo infierno.
Juguete fui del cielo y de la tierra
y la virtud y el crimen obtuvieron
el mismo galardón. Pero muy pronto
un término hallará mi sufrimiento.
En el castillo sonarán las once
y al oír, erizados los cabellos,
el lúgubre estridor de la campana
que lenta clamará. «Remordimiento!»
Descenderé á la tumba de mi esposo
y el alma allí se ahuyentará del cuerpo.

ESCENA V.

ALBERTA y el CONDE.

ALB. Tú en aqueste lugar?
CONDE. Por qué os sorprende?
ALB. Quién dió á Genaro matador veneno?
CONDE. Vos: él lo dijo.
ALB. Tú, furia implacable,
que tienes sed de humanos sufrimientos.
Has visto á mi Adaleta? Loca, loca.
Tú heriste su corazón con golpe fiero.
Y mi esposo llamábate su amigo...
y te dijo que fueses padre tierno
de su Adaleta en el postrer instante!
Huye luego de aquí tigre encubierto.

CONDE. Sorprendido me habeis... Por Dios, señora,
que de cuanto decís nada comprendo.

ALB. Pero digno rival en mí has hallado,
sin ruido yo cual tú, también me vengo.
Humillado á mis plantas he de verte
de escarnio, de irrisión mísero objeto.
Bien en tu rostro augurador del crimen
el alma tuya retratada encuentro.
Para á tu culpa hallar digno castigo
yo inventaré diabólicos tormentos,
y cuando á darte paz la muerte venga
el corazón de tu nefando pecho
arrancaré saciando mis furioses
y con él un festín daré á los cuervos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

El CONDE solo.

Pobre mujer! Mi triunfo es ya seguro.
El Peregrino por fortuna ha vuelto
á revelarme pronto do sé oculta
el hijo mio y arrojó altanero
á mis plantas el oro, porque en manos
vió de Adaleta el matador veneno.
Sin duda no partió para observarme,
y debe en esto haber algún misterio...
De Genaro vengarse intentaría
cuando encontró tan favorable medio.
Sí, no hay duda... y al cabo qué me importa?
Ya los caballos estarán dispuestos.
Dijome el Peregrino que esta noche
sabría donde hallar al hijo puedo.
Es Liberto su apellido; y lleva
el medallón de Laura atado al cuello.
Adaleta recorre estos lugares,
y á que parta conmigo estoy resuelto.
Corramos á buscarla; su demencia
asegura á mi plan fin halagüeño.
El mundo de su seno me rechaza,
yo me sabré formar un mundo nuevo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ADALETA que sale por el lado contrario.

Genaro!.. Alma mia,

No me oiste? No.

(Después de una pausa en que se cerciora de que Genaro no la responde.)

Aun duerme Genaro...

Aun duerme mi amor.

Por qué te encerraron

en esa mansion

para mí vedada,

de angustia y horror?

Ya há siglos enteros

que mi bien partió,

y por entre nubes

caminando voy.

Despierta Genaro:

despierta mi amor.

En vano te llamo,

en vano mi voz

el eco repite

en ay! de dolor.

No miras que el llanto

recorre veloz

el huerto que es tuyo

y agosta la flor?

Bien mio, no sabes

que siempre sonó

tu acento en mi oído

cual plácido son

de fuente escondida

que un triste escuchó

cruzando el desierto

al rayo del sol?

Responde Genaro.

Responde mi amor.

No tardes mi vida

que te aguardo yo,

tu dulce Adaleta,

tu dicha mayor.
Te fuiste, un gemido
mi boca exhaló,
y aun llora en silencio
mi fiel corazón.
Sin tí es la existencia
jazmin sin olor,
tormenta sin lluvia
esfera sin sol.
Vuelve á mí, Genaro!
No tardes, mi amor.

ESCENA VIII.

ADALETA y el CONDE.

- CONDE. Ella es. Adaleta?
ADAL. Quien me llama?
CONDE. Soy yo. No me conoces?
ADAL. No te he visto jamás!
CONDE. Te engañas.
ADAL. Dime. Es en tu mano aquesa puerta abrir?
CONDE. No.
ADAL. Me retiro.
Entonces; queda á Dios.
CONDE. Mas antes dime: Quién en morada tal yace dormido?
ADAL. Mi esposo.
CONDE. No es Genaro-esposo tuyo?
ADAL. Sí.
CONDE. Genaro te aguarda en otro sitio.
ADAL. Cómo? Partió sin mí?
CONDE. Solo ha un instante.
ADAL. Cuanto de amor te debo Dios benigno! Siempre clemente Dios á mi Genaro hoy devolverme habia prometido. Cumplida fué la sacrosanta oferta.
CONDE. Y me rogó Genaro que conmigo te llevase á su lado. Vamos luego.

ADAL. Corramos, sí. Mas cómo no me ha oído?

(*Vá á salir, y se detiene.*)

Cómo que al lado suyo me encontraba,
el corazon amante no le dijo?
A buscar mi laud rápida vuelo,
si no me responde al punto mismo,
te seguiré constante al fin del mundo. (*Váse.*)

ESCENA IX.

CONDE *y despues el PEREGRINO.*

CONDE. Héme ya triunfador cielo enemigo.
No eres tú el que premiaba al inocente
y el crimen castigaba? Do los vivos
rayos están de tu furor tremendo,
que no tornas en polvo á un asesino?
Y tú, necio mortal, que no supiste
ser tan grande cual yo; mira, tranquilo
vengo á turbar el sueño, y á la tumba
en que yaces escupe. Infel amigo
y causador de bárbaras angustias
y robador de la razon he sido;
y una existencia arrebató mi mano;
y de esperanzas hoy me encuentro rico,
y la suerte cual nunca bienbechora
brindame por do quier bienes distintos.
Dónde esa justa Providencia se halla
que tanto crimen deja sin castigo?
Cómo permite que la frente eleve
profanando el lugar en que me miro?
Impávido luché con los mortales,
impávido tambien la desafío.

PEREG. Quieres saber do se halla el hijo tuyo?

CONDE. Mi ventura por fin vá á dar principio.
Do se halla?

PEREG. En esa bóveda enterrado.
Hasta hoy Genaro se llamó

CONDE. Qué has dicho?

PEREG. Aqueste medallon llevaba al cuello.

Ved en su daga escrito su apellido.

(Leyendo el apellido en la daga que le da el Peregrino.)

CONDE. Liveretto! Qué horror! Mientes infame!

PEREG. Parricida! *(Estendiendo los brazos sobre él.)*

CONDE. Perdon, perdon Dios mio!!

(Cayendo anonadado de rodillas, permanece algunos instantes en esta actitud y en el mas profundo silencio.)

PEREG. Misera humanidad, hé aquí tu orgullo!

Un soplo del Señor, hunde al impío.

CONDE. Hijo del corazon! Bárbaro padre!

No tengo duda; no, Genaro es mi hijo.

Por qué de mi los hombres se mofaron?

Por qué siempre miréme escarnecido?

Una sola mujer y un hombre solo

piadosos me otorgaron su cariño.

Mi amada fué la madre de Genaro,

el esposo de Alberta fué mi amigo.

El corazon ansioso de venganza

lanzóme en la carrera del delito

y juzgaba mi cárcel este mundo

y cada objeto hermoso un enemigo.

Hijo mio! Genaro! soy tu padre

(Forcejeando para abrir la puerta.)

Y esta puerta que burla mis designios!

Adaleta infeliz, préstame ayuda.

Quiero abrazarle... quiero... aun no le he visto,

fuerza es que su perdon tambien me otorgue.

Amadas tumbas guarda ese recinto

y quiero entre ellas arrastrar la vida.

Yo creo en tí, Señor de lo infinito!!

Però cuan tarde. Cuanto! Parricida!

Parricida retumba en mis oidos.

(Váse retrocediendo espantado.)

ESCENA X.

PEREGRINO solo.

Mi acento escucha, tu favor me presta
el iris tiende sobre mí benigno

oh! tú gran Dios, Señor de las alturas,

oh! tú, del orco triunfador bendito,
oh! tú que envuelto en la turgente nube
los ámbitos recorres encendidos
al rápido fulgor de ardiente rayo
y de hondo trueno al retemblante grito,
y á la plácida luz de fresca aurora
apareces despues en el rocío!
Ya todo lo perdí sobre la tierra
mas si me quedas tú, nada he perdido.
Vamos á completar la obra empezada.

(Entra un momento y sale con una tea encendida.)

(Se oye rugir el viento.)

Cual ruge el viento, el rayo diamantino
de la benigna luna, oculto se halla;
templa, Señor, tu enojo compasivo,
y símbolo de paz brille en Oriente
del padre de la luz el rayo tibio.

(Abre la puerta de la bóveda. Entra y vuelve á cerrar tras sí.)

ESCENA XI.

ALBERTA sale corriendo precipitadamente y cuando llega al centro del teatro se para y mira trás sí.

Juzgué que las estátuas me seguian
y á mis espaldas escuchar el ruido
de la marmórea planta. Ya las once
van á sonar y late convulsivo
mi corazón. Ni aun respirar me es dado.
Tiemblo de espanto y me estreméce el frio.
Qué soledad tan negra. Este silencio
es mil veces horrible. Qué suplicio!

(Permanece inmóvil como si escuchase algo.)

No cabe duda, sin cesar el eco
repite en esta bóveda un gemido,
y esas tumbas, gran Dios! temo que se abran
y el esqueleto se alce vengativo.

*(Empiezan á oirse las once en el reloj del casti-
llo, pero casi imperceptiblemente. Alberta no
interrumpe su monólogo.)*

Oh! las once! gran Dios! La sombra espera

del esposo infeliz!! Es tu castigo!!

(Abre la puerta de la bóveda que deja abierta, y se la vé bajar la escalera que conduce á la segunda bóveda en medio de la mas negra oscuridad. El reloj sigue dando las once, mientras el teatro está solo, y á la última câpanada se oyen grandes gritos en lo profundo de la bóveda y se vé subir á Alberta, cuyo rostro debe ser imponente y aterrador.)

Aparta! aparta! acusador espectro.

Aun de esa tea al resplandor te miro!

No me toques, tus manos descarnadas me repugnan. Atrás. Oh! que martirio!

Sola al crujir de tus desnudos huesos desgájase la carne de los míos.

Pero gran Dios! me encuentro circundada

(Corriendo en diferentes direcciones.

de humanales despojos. Qué habeis dicho?

(Dirigiéndose á las estátuas.)

Fuera! Fuera! Corramos! Imposible!

Clavada está mi planta en este sitio.

(Cae anonadada. Despues de una pausa empieza á volver en sí. Se levanta, se pasa una mano por la frente, como si quisiera arrancar de ella una idea.)

Mis fuerzas este sueño ha quebrantado!

Qué lúgubre vision! Todo tranquilo yace á mi alrededor. Nadie me cerca.

Hablar esas estátuas no han podido.

El espectro fatal dónde se oculta?

Sin duda la conciencia obró un prodigio.

A orar volemos y quizá mi angustia

(Señalando á la puerta de la bóveda.)

consiga hallar junto á su tumba alivio.

(Va á dirigirse á la puerta cuando aparece en medio de la oscuridad el Peregrino con la tea en la mano y permanece inmóvil. Alberta lanza un grito horrible y cae de espaldas apoyada en la mano izquierda y al irse perdiendo el sordo rumor de un trueno lejano que estalla en este instante, se oye la voz de Adaleta que vuelve á entonar al laud una estrofa de la canción del

acto primero. El Peregrino clava en el suelo la
lea se acerca á Alberta y la coje violentamente
de la mano derecha.)

ESCENA VII.

ALBERTA y el PEREGRINO.

PEREG. Alza la frente!

ALB. El Peregrino. Cielos!

Qué me quereis?

PEREG. Decirte

que há un lustro y á esta hora
entró un verdugo en la apartada torre
que guardaba á tu esposo
precedido no mas de un religioso.

ALB. Seguid! Seguid!

PEREG. Amigo disfrazado
era aquel religioso, y fuerte daga
en el verdugo hundió. Luego vistióle
el traje de tu esposo ya salvado;
á este por gratitud bajo su yugo
con el suyo le abriga, y él contento
cúbrese con las galas del verdugo.
En invencible aliento
de un golpe la cabeza
del tronco de la víctima separa
y á partir diligente se prepara.

ALB. Horror! horror!

(*Cubriéndose el rostro con las manos.*)

PEREG. Con sin igual firmeza
de la negra prision las puertas abre,
pasa tranquilo y fiero,
llevando al conde al lado,
por aposentos llenos de enemigos
y en paso acelerado
logran el campo ver los dos amigos.

ALB. Sigue.

PEREG. Habia tu esposo
hecho voto sagrado
de partir presuroso

en peregrinacion á Palestina
si le salvaba la piedad divina.
La mano de la suerte
brinda á su salvador con negra muerte
y de la tumba al sacrosanto abrigo
por cumplir con su Dios deja á su amigo:
y el voto satisfecho
con sin igual constancia,
en alas de su amor vuelve á la Francia.
Y mientras inútilmente
un dia se afanaba y otro dia
por lograr descubrir do se ocultaba
su idolatrada esposa,
sabe en hora fatal que á otro hombre amaba.
El desengaño tórname de hielo:
partir hace á Genaro
así burlando tu maldito anhelo,
y en silencio profundo
su pena arrastra por el ancho mundo.
Sigue.

ALB.

PEREG.

Logra saber que su Adaleta
en Italia se hallaba,
mas tambien Adaleta le olvidaba.
Corres en penitencia á estos lugares
para verter en irritante grito
sobre un sepulcro el llanto del delito.
Sigue, sigue.

ALB.

PEREG.

Y tambien á estos lugares
al punto se dirige
y ya la infamia vió de un ser amado
y el olvido en que yace sepultado,
Y puesta la esperanza
en el Señor del cielo,
lejos al fin se lanza
del mundo tempestuoso.

ALB.

PEREG.

Eres mi esposo tú...!
Yo soy tu esposo.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, el CONDE y ADALETA.

CONDE. ¡E!

ADAL. Vamos pues, no has dicho qué á su tumba
podríamos llegar?

PEREG. ¡Esta es mi hija!

CONDE. En ella te ofendi.

PEREG. Mi amigo tú!

ALB. Perdon.

(Cayendo á sus piés.)

PEREG. Esta es mi esposa.

(Una breve pausa al cabo de la cual se oye muy
lejano un toque de clarín.)

Oh! bendita señal! Ya la cruzada

llenando mi deseo,

rápida se dirige al Pirineo

Voy á partir.

CONDE. Gran Dios, me castigaste

porque fui criminal; arrepentido

en el dolor me dejás sumergido.

ALB. Oh! si mi falta reparar pudiese

hoy que los igneos rayos

de la icéleste furia se desatan.

Oh! si tan grande fuese y tan bendita

la clemencia de Dios! Y

PEREG. Es infinita!!

(Con énfasis.)

GENARO. Oh! (Desde dentro.)

(Alberta y el Conde retrocediendo.)

ALB. } Gran Dios.

CONDE. }

PEREC. Hay venenos que no matan.

(Abriendo la puerta de la bóveda y arrojando

á Genaro en medio de los personajes restantes.)

ADAL. Genaro. Al fin te veo.

(Abrazando á Genaro.)

(Abraza á su madre que la cubre de lágrimas
y de besos. El Conde contempla á Genaro ena-

genado y no se atreve á hablarle.)

PEREG. Abrazale, es tu padre.

GENARO. Gran Dios!

CONDE. No me aborrezcas.

Acuérdate de que me amó tu madre.

(Abrazándole.)

PEREG. A Dios; en sólo un día

del rayo de celeste Providencia
ver os hice el poder y la clemencia.

(Se quita el ropon de Peregrino y queda vestido
con el traje de los cruzados.)

Digno soy de volar al Asia impía,
digno de unirme al férvido torrente
de la indómita gente

que en Dios espera porque Dios la guía!

Al hondo grito que en los aires zumba,

al estraño rumor de cien legiones,

yo sobre la abrasada Palestina

al par caeré de la revuelta Europa.

Yo me uniré á la tropa

que el árbol santo de la Cruz divina
plantará de Salem en la muralla

que ya á sus vivos rayos se derrumba;

yo salvaré la tumba

que el fiero mahometano
al gremio roba del amor cristiano.

(Al Conde y á Genaro.)

Ambos me seguireis. Dios os reclama!

Sé madre tú. Que la razon recobre

entre tus bravos y feliz se llame.

Aplaca del Señor el justo encono!

ALB. Sin perdonarnos huyes?

(Arrodillándose y obligando á su hija á hacerlo
mismo.)

PEREG. Yo os perdono.

(Oyese de nuevo el clarín.)

Partamos pues.

(A Genaro y al Conde.)

A recordarme vuelve
ese clarín que aun réstame en el cielo
amigo ser á quien pedir consuelo!

ALB. Adios!

CONDE. Adios!

PEREC.

Por diferentes modos

(A Alberta.)

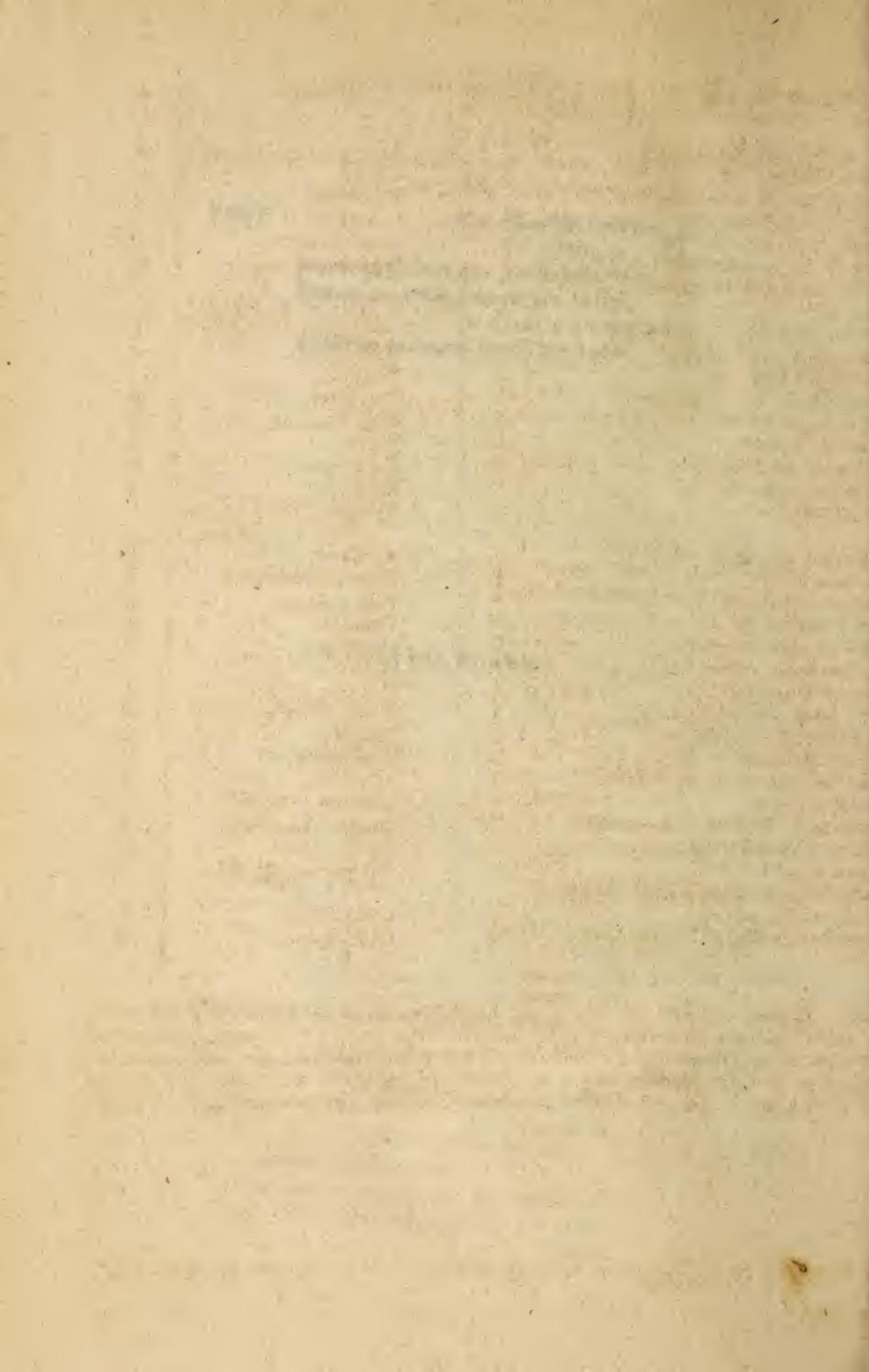
procurad olvidar que me habeis visto.

Vamos nosotros á morir por Cristo,

(Al Conde y á Genaro.)

do Cristo redentor murió por todos.

FIN DEL DRAMA



TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	RS.
Escondido y la Tapada (r)	3	Sres. Asquerino (D. Eduar.)	8
Las juveniles. (a)	3	Cueva.	8
La conjuración femenina. (o)	1	Navarrete.	4
Acciones vehementes. (o)	1	Navarrete.	4
Suplicio de Tántalo. (a)	1	Díaz Tezanos.	4
El chal de cachemira. (a)	1	Díaz Tezanos.	4
¿Por qué me llamo y Carbonero de Toledo. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
¿Qué hay despues de la muerte. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
La mujer misteriosa. (o)	3	Navarrete.	8
El anillo del Rey. (o)	3	Hurtado.	8
Licenciado Vidriera (a).	3	Catalina.	8
Las mangas de camisa (r)	1	Díaz Tezanos.	4
El amor y la moda. (o)	1	Larra.	4
La llave y un sombrero. (o)	3	Bermejo.	8
¿Qué se entiende. (o)	1	Bermejo.	4
Baltasara. (o)	3	Príncipe, Gil y Zárate y García Gutierrez.	8
La lección de corte. (o)	3	Muntadas.	8
¿Está loca!! (o)	1	García Santisteban.	4
Misterios de palacio. (o)	3	Rico y Amat.	8
El Gran Duque. (o)	3	Parreño.	8
El hiel en copa de oro. (o)	3	Estrella.	8
¿Qué mejor de los dados. (o)	1	Ramirez.	4
Los señores y Guevara. (o)	1	Palacios y Toro.	4
¿No hay amigo para amigo. (r)	4	Marín y Gutierrez.	8
La Gitanilla de Madrid. (o)	3	Estrella.	8
Los celos, parientes y amigos. (o)	3	Suricalday.	8
Don Isidro (patron de Madrid.) (o).	3	Asquerino.	8
Las cosas tuyas. (o)	1	Lorente y March.	4
La Esposa de Sancho el Bravo. (o)	3	Monje y Parreño.	8
¿Cómo conspirar con buen éxito. (o)	3	Rico y Amat.	8
El Fausto. (o)	3	Asquerino. (D. Eduar.)	8
En administración (propiedad del aut.)			
El dolor de un día. (o)	4	Camprodon.	8
Las espinas de una flor (2. ^a parte de id.) (o)	4	Camprodon.	8

NOTA. El dueño de esta Galería y sus corresponsales en la Peninsula y Ultramar, están autorizados por los herederos de D. Leandro Fernandez de Moratin, para cobrar los derechos de representación de las obras de este célebre escritor, que son: originales, el viejo y la niña, La comedia nueva ó El Café, El Barón, La Mogigata y El Sí de las cosas. Arregladas: La escuela de los maridos, El Médico á palos y la tragedia Hamlet.

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GENERO EN ESPAÑA!

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 50 — Precio: 2 reales
(Contiene los pliegos 148 á 150)

FIN DE LA OBRA

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23